

CON EL PUÑO EN ALTO

© Mario Gil, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio
Taibo II.

Abril 2011

Ésta es una publicación del Partido de la Revolución
Democrática del Distrito Federal (PRD-DF) y Para Leer en
Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de libro y portada: Daniela Campero





NOTA INTRODUCTORIA

“La caravana” fue escrita por Mario Gil, periodista comunista nacido con el siglo, y muerto en 1973, uno de los grandes cronistas de las luchas obreras en México que dejó testimonios sobre el nazismo en México, el impacto de la revolución de octubre en nuestro país y el movimiento escuderista.

“Marcha de hambre sobre el desierto y la nieve” fue escrita por José Revueltas para la revista *Hoy*. Revueltas (1914-1976) es ampliamente conocido como novelista, filósofo, periodista y militante de izquierda.

El texto de la lucha de los trabajadores de Spicer apareció en su día como folleto y se realizó en base a medio centenar de entrevistas con sindicalistas y sus esposas, la primera persona que narra es una persona colectiva. Por razones obvias en su momento, los nombres no fueron registrados, así como tampoco lo fueron los de los redactores del material, Paco Ignacio Taibo II y Mario Núñez, que fueron miembros del comité asesor de la huelga. Han pasado 35 años y no hay memoria que resista tanto paso del tiempo, pero el redactor recuerda al menos entre los testimoniantes los nombres de Ipiña, La Lulú, Lucas, Julio y María Eugenia, Tacho y recuerda muchos otros rostros de los héroes de esta historia. Salud a ellos, dondequiera que hoy estén.



LA CARAVANA

MARIO GIL

El 16 de octubre, a las 12 horas, toda la población de Nueva Rosita se congregó para aplaudir a los obreros que salían de la mina, para iniciar el movimiento de huelga. Al mismo tiempo los mineros de Cloete abandonaban el trabajo y se concentraban en Rosita. 4500 trabajadores de la Sección 14 y su Fracción I, se reunieron a las puertas de la empresa yanqui para celebrar un mitin. Decía doña Adela Ochoa, esposa de un minero, y madre de otros tres:

—¡No veo entre los huelguistas a uno de mis hijos; pero yo les aseguro que si no secunda el movimiento, no volverá a poner los pies en mi casa!

Para someter por hambre a los huelguistas la empresa imperialista, apoyada por el Lic. Ramírez Vázquez, congeló los fondos sindicales y cerró la Cooperativa de Consumo y sus dos sucursales, creadas con el dinero de los trabajadores. Clausuró también la Clínica Médica, formada con el descuento que se hacía a los salarios de los obreros. Cooperativa y Clínica representaban cerca de \$5 millones, patrimonio legítimo de la Sección 14 del STMMSRM.

Con el puño en alto

Se censuró la correspondencia de los mineros y los bancos locales se negaron a descontar documentos suscritos a su favor.

Los niños, privados de alimento y atención médica, enfermaban por centenares. La compañía yanqui amenazó a los medios privados, que prestaran sus servicios a los huelguistas, profesionalmente.

Nueva Rosita fue declarada en estado de sitio.

En la ciudad quedaron suspendidas las garantías individuales. Los ciudadanos eran detenidos en las calles, registrados e interrogados, patrullas federales, armadas con ametralladoras, recorrían en camiones las calles de la ciudad día y noche.

Alemán declaraba: “éste es un régimen de derecho” y sonreía, sonreía...

En México se organizó el Comité Nacional de Defensa y Solidaridad con las Huelgas Mineras en el que participaban algunas organizaciones y personalidades. Su misión era promover la ayuda solidaria a los huelguistas. Empero, en ocasiones su interés lo llevaba a traspasar límites de la simple solidaridad y el Comité asumía las funciones de una segunda dirección del movimiento de huelga. Sus conceptos de lucha enérgica, revolucionaria, apoyándose particularmente en acciones de masas y en actitudes resueltas, se oponían al criterio de ciertos dirigentes empeñados en hacer creer a los obreros que el señor Presidente resolvería el problema favorablemente.

Los mineros de Rosita estaban desconcertados: ¿Cuál de las dos tácticas era la correcta?

Algunos intelectuales revolucionarios de la ciudad de México reunieron dinero para ayudar a los huelguistas y comisionaron a Esperanza López Mateos para que llevara esa ayuda a los obreros y sus familias, en Rosita. Sus actividades fueron consideradas como sospechosas, por lo que fue obligada a comparecer ante el general Pliego Garduño.

—No sabía, dijo Esperanza al general, que la línea divisoria de mi país se hubiese corrido tanto hacia el sur y que yo estuviera pisando suelo extranjero...

El general se puso rojo de vergüenza pero Esperanza tuvo que abandonar, contra su voluntad, Nueva Rosita. Otro tanto le ocurrió al compañero Ángel Bassols Batalla, y a otros más. En la ciudad gobernaba Henry J. Sanford, gerente de la Mexican Zinc & Co., empleado del trust Morgan.

Esperanza puso un mensaje a Miguel Alemán, pero el señor Presidente insistía: éste es un régimen de derecho, y sonreía, sonreía...

En México —25 de octubre— se organizó un gran acto de solidaridad con los huelguistas:

—Lo de Palaú y Rosita, dijo Antonio García Moreno, es un atraco al derecho de huelga...

Abdenago Fraustro demandó la solidaridad efectiva, no teórica, de los trabajadores:

Con el puño en alto

—Las palabras son hembras, dijo, los hechos son machos... Dijo doña Adela Ochoa:

—¿De qué ha servido la sangre derramada desde 1906?... Los derechos conquistados no podrán arrancárnoslos nunca, a pesar de las traiciones de los “panzas blancas” de allá y de acá...

Adán Nieto expresó:

—Lo mismo en Cananea que en Rosita, los mineros han sido y son los pioneros de las luchas por los derechos obreros...

Juan Manuel Elizondo, senador de la República, metalúrgico, exsecretario general del STMMSRM, sentenció refiriéndose a los mineros de Rosita.

—Si los abandonamos nos habremos traicionado a nosotros mismos...

El Lic. Vicente Lombardo Toledano, después de hacer una larga historia del desarrollo del derecho obrero en México, anunció que el señor Presidente había dado ya órdenes al Lic. Manuel Ramírez Vázquez para resolver el conflicto de Rosita favorablemente...

La ayuda solidaria no era suficiente; las remesas de víveres a veces tardaban semanas en llegar. En esos días, los niños y las mujeres se iban al rastro de la ciudad a recoger del suelo la sangre y las tripas de los animales sacrificados. Esa bazofia, hervida, era su único alimento durante la mañana, tarde y noche...

El crédito para los mineros se había cancelado en las tiendas de Nueva Rosita... Más de treinta mil personas dependían, para subsistir, de la solidaridad de los trabajadores mexicanos.

En las escuelas los hijos de los huelguistas luchaban contra los hijos de los “panzas blancas”. Para evitar esas dificultades lo más lógico fue, naturalmente, expulsar de los planteles a los hijos de los trabajadores en huelga... ¿Quién puede dudar, en este caso, del buen juicio de las autoridades educativas?

La mano de obra escaseaba. La producción era insuficiente en la mina. La empresa empezaba a resentir pérdidas considerables. Entonces decidió comprar mineros. Pero los mineros no estaban en venta. Surgió luego el mercado negro de los mineros que consistía en pagar fuertes sumas a los que lograban convencer a un minero de que debía volver al trabajo. Hubo quienes hicieron buenos negocios convenciendo a huelguistas de poca conciencia de clase.

Fueron muchos los casos de madres que arrojaron de su casa a los hijos que abandonaban el movimiento. Parejas de recién casados se separaron por esa causa, lo mismo que otras que tenían hasta treinta años de vivir bajo el mismo techo.

Ambrosio Guajardo había sido jubilado pocos días antes de que se iniciara el movimiento de huelga.

Con el puño en alto

Recibió \$6 mil por concepto de “terminación”. Incapacitado para el trabajo, con su mujer enferma y sus cuatro hijos en huelga, cedió los \$6 mil para el fondo de resistencia, sin esperanza ninguna de recuperarlos, y pidió que se le incluyera en la lista de los huelguistas, para recibir su “chivo” de \$25.00 semanarios en mercancías.

Otro de los mineros había estado haciendo una alcancía, desde muchos años atrás, para que, al morir, se le hiciera un entierro decente. Quería ser sepultado en una buena caja, que en su velorio se sirviera café con un buen piquete y, si era posible, que le tocaran sus piezas favoritas... Renunciando con mucho dolor al sueño de toda su vida, cedió sus ahorros para la lucha y se resignó a ser sepultado como cualquier hijo de vecino...

Por lo menos simbólicamente, el pueblo no abandonó a los mineros de Rosita. En el Comité Nacional de Defensa y Solidaridad con las Huelgas Mineras, presidido por el obrero Felipe Sánchez Acevedo, viejo luchador que de joven se había enfrentado a la dictadura porfiriana, se reunían los estudiantes, las mujeres, los intelectuales, los profesionistas, los artistas del Taller de Gráfica Popular... Sí, el pueblo estaba con los mineros huelguistas...

Las mujeres de Rosita organizaron la Alianza Femenil Socialista Coahuilense; la encabezaban Lupe Rocha, Adela Ochoa. Juana Blanca de Santos, Con-

suelo Bonales de Solís, Juana Jasso, Amelia Mata y otras valientes luchadoras. La Alianza se enfrentó a las bayonetas de los soldados; desfiló por Rosita y se presentó ante el jefe militar a reclamar garantías. Provistas de una enseña patria, las mujeres obligaron a los soldados a cuadrarse y dejarles libre el paso. La relación que Blanca de Santos hizo al general Pliego Garduño, de los sufrimientos de los huelguistas, arrancó lágrimas al militar. “Desde entonces —comentaron las mujeres—, les perdimos el miedo a los uniformes, comprendimos que en el fondo, los militares son tan humanos como nosotros.” El general no podía hacer nada, obedecía órdenes superiores...

Mr. Kniffin, el primer gerente de la mina, era un buen hombre. Antes de morir, en Acapulco, pidió lo sepultaran en Rosita, “cerca de sus obreros”. En su lugar quedó Mr. Henry J. Sanford que había llegado allí hacía muchos años como capataz. Hombre rudo, ignorante; odia a los mexicanos porque uno de ellos le quitó la novia hace algún tiempo... Los mexicanos no odian a los norteamericanos, cuando estos son como Mr. Kniffin: humanos, comprensivos, democráticos. Sanford se hizo odiar porque él, a su vez odia a los mexicanos y a México, en general, como lo reveló una vez que pisoteó a la vista de todos, la bandera de México...

El 23 de diciembre, en El Ranchito, Col. Hidalgo, se celebró la Navidad para los hijos de los huelguistas.

Con el puño en alto

La Alianza Femenil había reunido dinero para agasajarlos. Más de cinco mil niños aplaudieron los garrotazos tremendos que asestaban a una piñata que representaba al traidor Jesús Carrasco. Todos querían quebrarla. Cuando se rompió el viento distribuyó entre la multitud millares de pequeñas tiras de papel, en cada una de las cuales había una consigna de lucha: “¡Arriba el derecho de huelga!” “¡Muera Jesús Carrasco!” “¡Mueran los panzas blancas!” Luego, las mujeres repartieron a los niños pequeñas bolsitas con fruta y dulces.

¡Fue una posada magnífica!

En vista de que pasaba el tiempo y no se resolvía el conflicto, los mineros decidieron emprender una marcha de protesta, a pie, hasta la ciudad de México. Los dirigentes se opusieron. García Moreno envió un mensaje ordenando la suspensión del acuerdo, pero los mineros estaban decididos. La situación en Rosita era insoportable: sin libertad, sin alimentos, sin nada. Docenas de niños habían muerto por falta de atención médica y las agencias funerarias, a las que se adeudaban ya más de \$100 mil, se resistían a seguir sepultando a crédito a los hijos de los huelguistas. Nueva Rosita era un campo de concentración para los mineros. Al huir de él, sentían que se encaminaban hacia la libertad.

El día 20 de enero de 1951, cerca de cinco mil huelguistas, acompañados muchos por sus familias, ini-

ciaron la caminata hacia la capital de la República. El presidente del Comité de Huelga se hallaba en México; al conocer la resolución de los mineros corrió a su encuentro, para detener la caravana. Al encontrarlo, en Sabinas, en plena marcha, Consuelo Bonales, su mujer, se adelantó:

—Pancho, le dijo, ¿vienes a dirigir la caravana o a regresarla? Si es esto último, aquí nos separamos, porque la caravana no se detiene y yo me voy con ella. Solís tomó su puesto al frente de la caravana.

Decía la prensa capitalista:

“...Son un pequeño grupo de agitadores comunistas.” “Se trata de agraristas y campesinos, pagados, que vienen cometiendo toda clase de tropelías, robando gallinas y escandalizando.” Luego se dijo que la caravana se había desintegrado... que los líderes venían en lujosos automóviles y los mineros a pie... que un grupo de pistoleros mantenía la caravana por medio del terror, etcétera. Pero la enorme columna avanzaba por la carretera, imperturbable, silenciosa y digna.

Era un pueblo en marcha.

Al frente, Pancho Solís y Ciro Falcony, los jefes de la caravana; una bandera nacional con la Virgen de Guadalupe en el lugar del escudo nacional, una enseña patria auténtica y el estandarte de la Sección 14 del STMMSRM. Detrás, la columna en correcta formación militar.

Con el puño en alto

La caravana se organizó en grupos de 56 personas: 50 soldados, un jefe y cinco ayudantes. Cada uno de estos grupos se dividía, a su vez, en otros de 11 personas: 10 soldados y un jefe. La impedimenta era conducida en grandes camiones que se adelantaban a la columna y establecían el campamento. Las mujeres —nuevas Adelitas— conducidas en esas trocas, preparaban los alimentos para todos. Al llegar al lugar escogido por el jefe de la Comisión Especial, Raymundo Rodríguez, cada grupo buscaba el lugar donde instalarse, se encendían los vivacs y la gente se entregaba al descanso, si esto le era posible, considerando el frío (10 grados bajo cero), las garrapatas, el pinolillo y los dolores de las heridas en los pies.

A las 6 de la mañana el clarín de órdenes daba la orden de partir. Cada jornada era de 25 kilómetros.

Los primeros días fueron los más duros: en primer término los terribles fríos de enero, en una región donde los inviernos son extremadamente crudos; luego, los pies ampollados, hinchados o partidos. Muchos obreros prefirieron quitarse la tortura de los zapatos y caminar con los pies descalzos, dejando las huellas de sangre en la carretera. Pero de ninguna manera estaban dispuestos a dejar la columna.

En Saltillo, el 5 de febrero, se organizó un gran mitin frente al palacio de gobierno. El acto duró tres horas. El gobernador del Estado, Lic. Raúl López Sánchez, trató de forzar un arreglo con la empresa, pero las

condiciones propuestas por ésta eran inaceptables. Se acordó seguir adelante. Todo el pueblo de Saltillo acogió con cariño a los mineros. Dijo el párroco, emocionado: —Si estos son comunistas, ¡yo también lo soy! Y luego, bendijo a la caravana.

En Monterrey, agentes provocadores trataron de distribuir botellas de tequila entre los caravaneros, para embriagarlos y orillarlos al desorden. La comisión de vigilancia frustró sus intenciones. El gobernador Morones Prieto se interesó por los mineros:

—La caravana no sale de Nuevo León —dijo— sin que se haya arreglado el asunto.

Invitó a los gobernadores de Coahuila y Tamaulipas para que, unidos, hicieran gestiones cerca del Presidente Alemán. Todo fue infructuoso.

La Caravana llegó a Ciudad Victoria, Tamps.

¡Nunca olvidarán su paso por Tamaulipas, los mineros de Nueva Rosita!

Al llegar al ejido Cuauhtémoc, todos los niños de la escuela, formados, con su maestra al frente, salieron al encuentro de la caravana, se saludaron. Dos generaciones se estrecharon en un abrazo. Los niños, serios como hombres; los hombres lloraron como niños. Ciro Falcony, con un nudo en la garganta, apenas si pudo dar las gracias cuando pusieron en sus manos los ahorros escolares: \$17.50.

Con el puño en alto

De todas las ranherías campesinos pobres salían de los jacales al encuentro de los caravaneros llevándoles comida, fruta o por lo menos una expresión de simpatía. Aquellas mujeres demasiado pobres, que no tenían nada que ofrecer, dieron a los mineros de la caravana lo único que les podían dar: su bendición. Con lágrimas en los ojos las abuelas campesinas hacían una torpe cruz con sus dedos nudosos y santiguaban a la caravana. Esa bendición del pueblo acompañó a los mineros en todo su largo recorrido.

Dificultades muy graves se presentaron en la cuesta de tres mil metros de altura entre Valles y Jacala, por las características del terreno; allí la carretera se desenvuelve entre la montaña y el precipicio. Ante la imposibilidad de acampar allí los ejidatarios de La Laguna transportaron en sus trocas a la caravana.

En Taxquillo, Hgo., los mineros quedaron sorprendidos: a su paso salieron en vez de los grupos acostumbrados, de campesinos llevando obsequios, unos seres humanos cubiertos de harapos desgarrados, con la mano extendida en demanda de un pedazo de pan. ¿Cómo era posible esa miseria a las puertas de la capital? Los miembros sintieron vergüenza de su propia hambre, que era opulencia frente a la miseria de los indios del Mezquital. Impresionadas, las mujeres de la caravana entregaron sus víveres a los indios olvidados.

Llegaron a San Cristóbal Ecatepec, el lugar donde fue-
ra fusilado en 1815 el cura don José María Morelos. La
caravana rindió homenaje al héroe de la Independen-
cia haciendo guardia ante el monumento levantado a
su memoria y guardaron varios minutos de silencio.
Luego, los mineros visitaron el museo histórico im-
provisado en una de las salas de la casa donde estuvo
preso el libertador. Los mineros comentaron, des-
pués:

Encontramos allí ofrendas de todos los presiden-
tes de México al gran Morelos, con una sola ex-
cepción; la del Presidente Miguel Alemán.

Cinco horas más de marcha y la caravana se instaló
en los Indios Verdes, a las puertas de la ciudad de
México.

Habían recorrido 1500 kilómetros para solici-
tar audiencia del Presidente de la República.

El sábado, 10 de marzo de 1951, a las 11.30
horas, el clarín de órdenes de Pancho Solís tocó a
reunión frente a los Indios Verdes. A las 12 horas se
inició la marcha. Millares de personas se habían con-
gregado para acompañar a los mineros en la última
etapa de su recorrido hasta el Zócalo. Obreros, inte-
lectuales, artistas, todo el pueblo de la capital estuvo
representado. Al llegar al Monumento a la Revolu-
ción, la caravana hizo alto y rindió homenaje a los
héroes de 1810.

Con el puño en alto

Al pasar frente al Hotel del Prado los turistas les arrojaron flores, serpentinas y confeti; los mineros descubiertos (en un acto de gran respeto hacia la capital) agradecían aquellas muestras de simpatía levantando de vez en cuando la mano. En la avenida Juárez y en Madero los metropolitanos aclamaron a los caravaneros: “¡Vivan los mineros de Rosita!” “¡Arriba Coahuila!”

En el Zócalo una multitud enorme los esperaba. Frente al Palacio Nacional, desde un camión improvisado como tribuna, se realizó un mitin. Habló al pueblo Lupe Rocha, dirigente de la Alianza Femenil. “Nosotras comprendimos —dijo— que no sería llorando como ayudaríamos a nuestros hombres, y nos lanzamos a la lucha... No, no serán los gringos los que vengan a imponernos el yugo; les doy mi palabra: ¡eso no ocurrirá!...”

¡Arriba las Adelitas! — fue el grito que salió de miles de gargantas. Pancho Solís dijo:

“Somos un grupo de mexicanos que amamos a México como el que más; cuando la expropiación petrolera, la Sección 14 —Nueva Rosita— aportó \$75 mil para ayudar a pagar a las compañías extranjeras...”

“En Rosita vivíamos en un campo de concentración, nuestra cooperativa con \$1 1/2 millón en mercancías nos fue clausurada y nuestros hijos están muriendo de hambre... Los periódicos nos han llamado asaltantes, comunistas, robagallinas... Pero a

los gobernadores de los estados por donde pasamos les consta que la caravana no ha dado un solo motivo de queja... La única misión que traemos a México es pedir justicia...”

Cinco mil manos de mineros se alzaron.

Los balcones del Palacio Nacional estaban desiertos. De miles de pechos brotó la consigna, repetida centenares de veces:

—¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia!

Los mineros no despegaban los labios. Con el brazo en alto mostrando su credencial de obreros mineros, se mantenían firmes y serios dejando que los metropolitanos demandasen justicia para ellos.

Pero los balcones del Palacio Nacional estaban desiertos...

A las cinco de la tarde terminó el mitin. Los mineros marcharon a ocupar el centro deportivo 18 de Marzo, el nuevo campo de concentración que se les había asignado en la capital de la República, la soñada capital de su patria, que la mayoría visitaba por primera vez. La Secretaría de Salubridad y Asistencia ofreció alguna ayuda; lo que proporcionaba cubría algo así como la tercera parte de las necesidades fundamentales; el resto lo aportaba el pueblo. Ropa, medicinas, alimentos, les fueron proporcionados, si no en abundancia, sí con un gran sentimiento de fraternidad y solidaridad humanas.

Los estudiantes visitaban a los mineros llevando mariachis y se improvisaban fiestas en el teatro al

aire libre para hacer menos amarga la situación de los huelguistas.

Los mineros solicitaron audiencia del Presidente de la República, para plantearle su problema. El Lic. Alemán no pudo recibirlos: “tenía muchos otros asuntos importantes que tratar”. Los mineros habían caminado en vano 1 500 kilómetros; habían pasado hambre, frío y toda clase de privaciones durante cincuenta días en un marcha sin precedente en la historia de México. Estaban seguros de que cuando el Presidente de México les escuchara, les haría justicia... Pero no se trataba del problema de los mineros de Rosita; era el problema de la independencia de la clase obrera mexicana. Los mineros de la Sección 14 habían hecho suya la causa de todo el proletariado nacional. Ellos estuvieron siempre en su puesto.

¿Qué hicieron por su parte los dirigentes del proletariado mexicano? ¿Estuvieron ellos en su puesto, al lado de las masas? Sabiendo que se trataba de una cuestión decisiva para la clase obrera, ¿Se libraron las batallas decisivas? No; el proletariado traicionado por sus líderes, no presentó combate. Siguió la política oportunista de esperarlo todo del “señor Presidente” fingiendo creer que éste obraría con estricta justicia y apego a la ley.

El “señorpresidentismo” sustituyó a la táctica revolucionaria y los mineros de Rosita fueron sacrificados.

Alemán designó una comisión gubernamental para que estudiara el caso de los mineros de Rosita; la formaron los señores Adolfo Ruiz Cortines, secretario de Gobernación; Lic. Francisco González de la Vega, procurador general de Justicia de la Nación y Lic. Eleazar Canales, subsecretario del Trabajo. (Éste último se abstuvo de asistir a las reuniones “por motivo de enfermedad”).

—¿Cuántos días piensa estar en México la caravana? —preguntó don Adolfo Ruiz Cortines a Pancho Solís, en la primera entrevista.

—Hasta que se arregle nuestro asunto —contestó el jefe de la caravana— a pesar de que la Secretaría de Salubridad nos ha comunicado que el sábado, 17 de marzo, se suspendería la ayuda al campo 18 de Marzo.

Don Adolfo cogió el teléfono y gestionó que la ayuda a los mineros se prolongara por todo el tiempo que estuviese la caravana en México.

Para apoyar a los representantes mineros que discutían con la comisión gubernamental, el Comité de Defensa de las Huelgas Mineras decidió realizar el día 10 de abril un gran mitin en el Zócalo. El gobierno ordenó que se impidiera salir del campo 18 de Marzo a los mineros de la caravana. El día señalado, las mujeres se amotinaron frente a la puerta sur del campo, tratando de salir; la policía se concentró en ese lugar, en tanto los mineros escapaban por el extremo

opuesto. Empero, el acto solidario no pudo realizarse porque la policía lo impidió a culatazos. Hubo heridos y muchas aprehensiones.

Alemania aseguraba que el suyo era un “régimen de derecho”; para el pueblo fue “un régimen de derecha”. Los mineros recibieron el dictamen de la comisión gubernamental. “El conflicto dimanó —decía éste— de la resolución dictada el 2 de octubre de 1950 por el Grupo Especial No. 4 de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje, por el que se tiene por no presentado legalmente, el pliego de peticiones, y por no hecho, el emplazamiento de huelga en contra de las Compañías Carboníferas de Sabinas, S.A. y Mexican Zinc & Co.”

La comisión dispuso que las empresas de Nueva Rosita y Cloete, así como el Sindicato, buscasen la manera de reponer “desde luego”, hasta mil trabajadores en sus derechos de antigüedad de empresa y que las vacantes que se fueran presentando se cubriesen, de preferencia, con los restantes trabajadores de la caravana.

El gobierno ofreció tierras y crédito a los mineros que quisieran dedicarse a la agricultura y empleos en las obras públicas a los trabajadores especializados. Suscribieron el dictamen los señores Adolfo Ruiz Cortines, Francisco González de la Vega y Romeo León Orantes, presidente, éste último, de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje.

El jefe de la Policía, gral. Othón León Lobato, comunicó a los jefes de la caravana que, a partir de ese momento, les quedaba prohibido a los mineros abandonar el campo 18 de Marzo. Los cinco mil trabajadores que habían caminado 1500 kms., para pedir justicia, perdían en un momento sus derechos civiles y se les privaba de la libertad. El campo fue cercado por la policía y se convirtió en la cárcel más grande que ha conocido México hasta la fecha; algunos mineros le llamaban la Cárcel Miguel Alemán. Al cúmulo de injusticias cometidas contra los hombres de Rosita, se agregaba otra más. Pero, ¿cuál era el delito de esos hombres? Luchar por la autodeterminación del movimiento obrero mexicano.

Los mineros deliberaron. El dictamen fue rechazado. “Eso mismo —dijeron— nos lo proponían las empresas en Rosita, y luego en Saltillo; es lo que nos ha estado ofreciendo la Secretaría del Trabajo, y nosotros hemos rechazado.” Después de cinco meses de huelga, de haber caminado 1500 kms., para ver al Presidente, cuando han muerto de hambre y falta de atención médica decenas de niños en Rosita, la comisión nos entrega una resolución que lo único que hace es sancionar la injerencia de la Secretaría del Trabajo en el régimen interno de los sindicatos, establecer como válida la violación del derecho de huelga...”

“Al desentenderse del fondo del problema, la comisión deja en pie todas las injusticias que hemos

sufrido en el curso de nuestra huelga. Y para resolver los efectos de esas arbitrariedades, los señores de la comisión expresan que han logrado de las compañías la reposición de mil trabajadores con sus derechos de antigüedad de empresa, lo que significa que un mecánico de primera, que ha adquirido categoría en el escalafón mediante ascensos en 15 ó 20 años, regresará al trabajo como peón o trabajador de nuevo ingreso...”

Los partidos del “señorpresidentismo” insistieron en que el camino era ver al Presidente Alemán, pero éste se hallaba de vacaciones, descansando de sus “agobiantes” labores.

La huelga se había perdido.

No era una derrota de los mineros de Rosita, sino de toda la clase obrera mexicana. Con ella perdía su independencia la organización obrera y el destino inmediato de los trabajadores quedaba en manos de la burguesía reaccionaria. Según la filosofía alemanista ese paso —el sometimiento de la clase obrera— “era necesario para promover la industrialización del país”.

El gobierno puso un tren a la disposición de los mineros, para que regresaran a Rosita. El día de la partida, miles de gentes se congregaron en la estación de la Villa de Guadalupe para despedir a los caravaneros. Estos recibieron una nueva ofensa: el tren que se les

había destinado se componía de una serie de jaulas de las que se usan para transportar ganado.

El senador Juan Manuel Elizondo consiguió que les pusieran coches de pasajeros. La caravana salió de regreso, derrotada pero no vencida, el 20 de abril, a las cinco de la mañana.

En el camino de regreso, el tren de jaulas que precedía al de los mineros descarriló. Nadie les quita a los caravaneros de la cabeza la idea de que agentes de Jesús Carrasco y Manuel Ramírez Vázquez desclavaron la vía para provocar una hecatombe y dar así solución definitiva y permanente al problema de Nueva Rosita. El azar hizo que se interpusiera un tren en su destino; de otro modo; miles de mineros hubieran perecido en el accidente... Pero ese día los mineros estaban de suerte, como Rosita Alvérez: de los tres tiros sólo uno era de muerte: el fallo de la Comisión Gubernamental

La llegada a Rosita fue un suceso indescriptible. Los hombres volvían a sus hogares con las manos vacías a confrontar en los suyos los estragos de la miseria y el terrible impacto moral de la derrota. Sin trabajo y sin recursos para rehacer su vida en una nueva actividad desconocida, enfermos de silicosis, cargados de hijos...

¿Qué iba a hacer, por ejemplo, Agapito Maltos, el cantor de la caravana, con su mujer y nueve hijos? Cada familia era una tragedia, inclusive las de los

Con el puño en alto

“panzas blancas” que habían traicionado al movimiento: se habían salvado del hambre pero no de la vergüenza y de la conciencia culpable...

MARCHA DE HAMBRE SOBRE EL DESIERTO Y LA NIEVE

JOSÉ REVUELTAS

I

La luz de los faros del automóvil se detuvo contra un trozo de viejo muro y de la oscuridad partió entonces una voz sin acrimonia, más bien soñolienta y fatigada: —¡Quién vive!— Descendimos Casasola y yo.

A contraluz, pues venían de un costado del automóvil, por la parte de afuera, hacia atrás, emergiendo sorprendentemente de la oscuridad como si hubieran salido del fondo de la tierra, dos sombras gigantescas y mal trazadas se aproximaron a nosotros. Eran igual que la figura de alas descompuestas de un par de mariposas bajo sus gruesos cobertores y sus sombreros, recortándose contra el negrísimo fondo de la noche.

¡Conque periodistas! —comentó una de las sombras, después de darle vuelta entre las manos, mientras la examinaba, a nuestra credencial. El automóvil que nos había traído giró en redondo y se alejó de regreso a la ciudad de Saltillo. De un golpe las tinieblas se hicieron densas, deshabitadas.

Con el puño en alto

—Somos de la vigilancia —nos dijo el hombre—, vengan para acá.

Caminamos a lo largo de lo que se adivinaba una especie de cerco de madera, hasta llegar a un pequeño rescoldo donde ardía pobremente un tronco retorcido que apenas levantaba llama. Los dos mineros del servicio de vigilancia tomaron asiento y a su vez nos lo ofrecieron sobre unas piedras dispuestas en derredor de la hoguera. Por fin habíamos llegado al punto donde se encontraba la caravana minera de Coahuila.

Reinaron unos instantes de silencio sumamente embarazosos y desilusionadores. Era evidente que nuestra presencia no les causaba ningún regocijo a los dos mineros, quienes por su parte parecían cambiarse entre sí palabras susurrantes llenas de sospecha y desconfianza. Al otro lado de la cerca imaginaba uno la existencia de un patio o algo parecido, pero era imposible conjeturar nada en concreto. Nos encontrábamos en el puesto avanzado de la caravana minera sin que pudiéramos saber si muy lejos o muy próximos al grueso del campamento.

—¡Conque periodistas! ¿No? —acertó a repetir el primer hombre—. Miren —añadió—, los periodistas nomás han venido para decir mentiras de nosotros.

Explicamos de la mejor manera posible que aquello podría ser cierto en otros casos pero que en el nuestro era distinto: íbamos ahí, a convivir con ellos, justamente para informar la verdad y nada más que la verdad.

—¡Eso es lo que queremos! —dijo el hombre con una entonación segura donde había un cierto dejo de altivez casi señorial. ¡No le estamos pidiendo favor a naiden! Nomás la verdad; que digan la verdad.

Mientras decía esto atizaba la lumbré del rescaldo con una vara, apenas inclinándose, pero a riesgo de que las barbas de su largo sarape, que arrastraba por el suelo, se quemaran de pronto con las brasas. Desde el primer momento uno se sentía impresionado por la tranquila solidez de este hombre, por la convencida exactitud de sus palabras, donde no faltaba ni sobraba nada, sin que hubiera en ellas trasfondo o disimulo alguno. “Nomás la verdad. Que digan la verdad.” Eso es lo que pedía con su sobrio aire norteño este minero del servicio de vigilancia. Pero también es lo que pedían sus cuatro mil compañeros acampados aquellas noches en las anfractuosidades de La Calera, cerca de Saltillo.

Nosotros —es preciso confesarlo—, esperábamos encontrar una muchedumbre de seres famélicos y lastimosos, desesperados y sin disciplina, dispuestos a convertirse en levadura de cualquier violencia anárquica, pero en cambio nos encontrábamos con este Florencio Alfaro —me parece que tal fue el nombre que nos dio, aunque no estoy seguro de mi memoria y la situación no era como para tomar notas—, este Florencio Alfaro, como de cincuenta años, que no es de ningún modo diferente a los demás mineros que más adelante conocimos: seguro de sí mismo,

convencido en absoluto de la justicia de su causa y carente del todo de la menor fanfarronería.

Le pregunté cuántos kilómetros habrían recorrido hasta ese momento. “Cuatrocientos cuarenta y cuatro”, respondió con la precisión de un contador público, a tiempo que, de bruces en el suelo, soplabá con los labios sobre el rescoldo para animarlo. Ni por un segundo puse en duda que Florencio Alfaro no habría añadido ni restado un solo metro a la impresionante distancia recorrida a pie, desde la lejana Rosita, por los mineros en huelga. Así es la reciedumbre, la veracidad aplastante de estas gentes del norte: “queremos esto”, dicen, y no cabe pensar que quieran otra cosa de lo que dicen. “Queremos que se diga la verdad sobre nosotros.” Eso es, nada más. Y puede tenerse la confianza absoluta de que ellos no se disgustarían si esa verdad les resultara adversa.

—¿A dónde queda el campamento? —pregunté no sin cierta ingenuidad.

La creciente llama de la hoguera hizo que los ojos de Alfaro brillaran con un asombro burlón al clavar sobre mí una mirada incrédula.

—¿Pues cuál campamento? ¡Este es el campamento, no hay otro! Todo esto está lleno de gente durmiendo aquí mismo, a dos pasos. ¡Qué! ¿No los mira? —y señalaba con el brazo las duras tinieblas impenetrables.

No; de mirarlos no. Pero ahora, después de las palabras de Alfaro, sentía en mi derredor esa inopina-

da y asombrosa existencia de aquellos miles de cuerpos yacentes en la oscuridad, inmóviles y vivos, como si las palabras los hubieran hecho nacer de pronto de la nada. Pensé que no hay nada más extraordinariamente mágico que la palabra del hombre, que todo lo puebla, que todo lo transmite, que todo lo crea.

El tronco que humeaba sobre el rescoldo, tan reacio al fuego en un principio, de súbito comenzó a arder en una viva y alegre llamarada. Una voz femenina se dejó escuchar inmediatamente, llena de impaciencia y enfado, al otro lado de la cerca de madera.

—No gasten la leña, si no, no tengo pal almuerzo de mañana.

El otro compañero de Alfaro, que no había dicho nada hasta entonces, sonrió como si el reproche de la mujer le cayera en gracia. —Es la cocinera de nuestro grupo —explicó con voz queda—, cuida los leños como si fueran sus hijos.

—¡Ya te estoy oyendo, por más que secretiés! ¡A ver qué van a hacer mañana si no tengo leña! Si quieren calentarse, en lugar de estar ahí de flojos, debían ir a recoger gobernadora y no agarrarme mis leños.

La gobernadora —también llamada gubernatura, merced a una divertida corrupción, fruto acaso del cada vez más extenso influjo de la política sobre las gentes— es un arbusto de aspecto desolado y terrible, que crece en los yermos, pero que tiene la virtud de arder como si fuese yesca.

Con el puño en alto

—¡Cálmate, vieja! —dijo Alfaro con una entonación afectuosa—. Lo que está ardiendo es el tronco de hoy en la tarde, el que vites que ahí estaba...

La mujer insistió en lo de que fueran a traer gobernadora. Se adivinaba que no se movía de su sitio, expectante, inmóvil bajo las cobijas, al otro lado de la barda, y se adivinaba también que a lo largo de los cuatrocientos cuarenta y cuatro kilómetros que recorriera con los mineros, habría adquirido un sexto sentido del fuego, una especie de misteriosa capacidad para dormir con un ojo abierto y que no le fueran a sustraer sus queridos leños de la comida.

—El monte está ahorita muy oscuro para ir por gobernadora —explicó el amigo de Alfaro—, y no tenemos *batería* con que aluzarnos.

Como al influjo de la palabra *batería* —que así llaman allá a las lámparas de pilas secas—, a lo lejos apareció el vaivén de una luz que barría el suelo a intervalos irregulares, ora en un plano, ora en otro, desapareciendo unas veces para reaparecer de nuevo, arriba o abajo, según los accidentes del terreno.

—¡Quién vive! —gritó Alfaro con voz precisa y calmada.

—¡El Múcuro! —respondió una voz que parecía salir de la propia linterna que se aproximaba, ahora sin vaivenes, fija, enfocada directamente sobre nosotros.

Aunque en un principio creíamos que las palabras del Múcuro serían una especie de santo y seña convenido para responder al “quién vive”, correspon-

dían en realidad al sobrenombre de un mocetón robusto, sanote y franco que se aproximó a la hoguera, a tiempo que daba las buenas noches, para extender las palmas contra el fuego con una especie de ansiosa fruición.

—El friyaso no me dejaba dormir —explicó el Múcuro— y me levanté a caminar pa’ calentarme... Me llegué hasta Saltillo, a mercar cosas que necesitábamos.

Alfaro le dirigió una severa y rápida mirada.

—No haya sido trago lo que necesitaban, porque verdad de Dios que te pelamos —dijo sombríamente.

—¡No, eso no! —replicó el Múcuro con viveza y como ofendido. En mi grupo no nos gusta el trago, ya lo sabes.

El muchacho había cubierto la distancia hasta Saltillo probablemente en unas cuatro horas de caminata para ir y volver a tiempo. Aquello era sorprendente: ¡Así que el Múcuro, después de una jornada diaria, de veinte a treinta kilómetros durante quince días ininterrumpidos, aún tenía el humor de “calentarse” con una distancia adicional y gratuita de otros cuantos kilómetros más! Recordé lo que se dice en broma acerca de las gentes muy trabajadoras quienes “para descansar” se ponen a hacer adobes. Pero de todos modos era algo más que una simple broma. Indicaba una moral, un espíritu combativo y batallador, juvenil aun en hombres viejos como este Floren-

cio Alfaro que ahora, atizando nuevamente la lumbre, parecía contrariado por el comportamiento del Múcuro.

—Está prohibido separarse de sus grupos sin permiso del Comité de Huelga —masculló sin volverse, de espaldas al Múcuro. En esto se advertía su enojo, en no querer dar la cara al muchacho, tal vez porque de otro modo se sentiría obligado a proceder en forma más enérgica. El Múcuro callaba, los ojos fascinados por las llamas de la hoguera.

—¿Dónde acampa tu grupo? —preguntó Alfaro después de una pausa.

El rostro del muchacho se iluminó con una expresión infantil. Comprendía que la tempestad se disipaba. —Allá abajo, en el arroyo.

Alfaro se detuvo lentamente, como si madurase una decisión.

—Lleva a los amigos estos contigo pa' que les enseñes por onde lleguen, pa' que miren que todos somos mineros y luego no anden con tarugadas en sus periódicos.

Se había dicho en cierta prensa que la caravana era apócrifa, constituida no por mineros sino por campesinos engañados por sus líderes. Comprendía el por qué de las palabras de Alfaro y su desconfianza.

El Múcuro nos consideró un instante con una sonrisa: —Vengan —dijo sencillamente.

A los pocos minutos, a la distancia, perdida la figura de Florencio Alfaro en medio de la rotunda os-

curidad, nos alcanzó empero su voz, que parecía no salir ya de una garganta humana, sino ser como la voz de las tinieblas, como si las tinieblas articularan misteriosamente una frase llena de extraño contenido:

—¡Vienen desde México! —le gritó al Múcuro, refiriéndose a Casasola y a mí. ¡A ver si de verdá estos nos cumplen!

Había esperado a que nos perdiéramos de vista para gritarlo. Creí descubrir entonces un dejo de esa ternura varonil y afectuosa que teme ser descubierta, en aquella cálida voz, las facciones de cuyo dueño se nos ocultaban, como bajo un remoto antifaz negro, por la espesura de las dos de la mañana. Porque Alfaro me pareció eso, desde que quiso reprender al Múcuro: la representación de una ternura obrera, de clase, sin adornos ni sentimentalismos, directa y sencilla, la ternura del ser humano que tiene conciencia de sí mismo y que por ello sabe reconocerse en sus semejantes.

II

Desde lo alto la garganta del arroyo no era sino una vaga hendidura informe y tenebrosa. La luz de la lámpara agonizaba por instantes apartándose angustiosamente como la respiración de un moribundo. —Se están acabando las pilas —decía el Múcuro—, pisen con cuidado si no quieren que se los lleve patas de cabra.

Con el puño en alto

En apariencia el Múcuro buscaba un punto determinado de orientación, no auditivo sino visual (cuando le hubiera bastado lanzar un grito para dejarse conducir por la respuesta de quien lo oyera, como se acostumbra en el campo), porque se detenía y vacilaba, silencioso, en espera de algo que debía ser como un signo visible en las tinieblas, un dato que hubiese convenido con alguien, quizá con sus otros camaradas de sección, allá en el fondo del arroyo.

Debíamos descender un poco menos de veinticinco metros, hasta llegar al fondo seco del arroyo, deslizándonos por la pendiente de abruptas erosiones, casi vertical, que formaba la garganta. Pero el Múcuro apenas si conocía el terreno ligeramente mejor que nosotros, es decir, su conocimiento nos adelantaba sólo en unas cuantas horas, pues los mineros habían acampado ahí a las seis de la tarde, lo cual, si contamos que eran las dos de la mañana, no es mucho tiempo para familiarizarse con una topografía desconocida. Por fin ocurrió lo inevitable: la lámpara se extinguió por completo. Estábamos a merced de la oscuridad.

—No hay cuidado —nos tranquilizó el Múcuro— ¡Espérenme! —y desapareció de nuestro lado.

Con la impedimenta de las mochilas a la espalda y sin saber si un paso más nos conduciría al abismo, aquello resultaba francamente molesto. El cielo limpio de nubes y nutrido de estrellas hasta lo más alto, nos cubría como una campana infinita. A no ser por las estrellas nos hubiéramos creído ciegos. Era

un consuelo que en el universo todavía existieran las estrellas y que nadie hubiera querido robárselas aún ni convertirlas en una propiedad privada.

De pronto el Múcuro reapareció como por arte de encantamiento.

—Agárrense de las manos —dijo—, sólo es cosa de caminar veinticinco pasos a la derecha para encontrar la bajada. Yo los voy a ir contando...

Nos pusimos en marcha, tomados de las manos. Uno, dos, tres. Parecíamos equilibristas sobre una cuerda tendida en el vacío. Cinco, seis, siete, ocho. Equilibristas con una venda en los ojos. Veinte, veintiuno, veintidós.

—¡Bueno, ya estuvo! —escuchamos la voz del Múcuro. Miren allá abajo... ¿La ven? —daba una especie de inflexión cálida y extraña a la palabra *la*.

Hicimos un esfuerzo: sí, una pequeña lucecita igual a la cabeza de un alfiler, pero si se la miraba fijamente desaparecía en la misma forma como ocurre con los luceros distantes.

—No la pierdan de vista —explicó el Múcuro—, es como nuestro faro.

Mientras bajábamos, el Múcuro parecía resguardar codiciosamente algún objeto bajo su chaquetón, para que no se le cayera. Lo advertí cuando me soltó la mano e hizo un movimiento aprensivo, contrayéndose como bajo el efecto de un dolor en el tórax. Se oían los movimientos de sus manos entre la ropa. Me asaltó la misma sospecha que manifestara el viejo Alfaro allá, junto a la cerca derruida. “¿No

esconderá este muchacho alguna botella de alcohol, a pesar de las prohibiciones? ¿Su viaje a Saltillo no habrá sido para burlar lo dispuesto por el Comité de Huelga?” Pero aquello fue cosa de un segundo y continuamos el descenso hacia el fondo del arroyo con el propósito de ganar después la orilla opuesta.

Pregunté al Múcuro cuál era el trabajo que desempeñaba en la mina.

—¡Soldador! —respondió brevemente, no sin orgullo, para añadir—: Me dicen el Múcuro, pero me llamo Atilano Mendoza.

Había en el modo de decir estas palabras una conmovedora dignidad, espontánea y sin alardes, una especie de austero respeto de la propia persona que le llegaba al Múcuro de muy lejos, como naturalmente, de una manera limpia y congénita.

—Pero nómbrame como usted quiera, Atilano o el Múcuro. Nunca me enoja por eso —añadió, y adiviné entonces en la oscuridad la franca sonrisa que en esos momentos estaría volviendo más ancha y divertida su gorda cara de chiquillo.

Habíamos llegado al lecho del arroyo. Nuestra lucecita, entretanto, había desaparecido atrás de una saliente, pero nos bastó el pequeño rodeo de unos cuantos metros para encontrarla de nuevo. Me aproximé: ahí estaba, dentro de un agujero natural, en la pared de la garganta del arroyo. Un metro más abajo, con la lucecita del lado de las cabezas, dormían unos ocho o diez hombres cubiertos por una manta.

La pequeña luz me seguía intrigando. Tal vez se tratara de una lámpara de acetileno. Pero no; no tenía ese brillo hiriente del acetileno. Esta era una llama humilde, que se aferraba a la vida antes de morir en el fondo del vaso donde ardía. Permanecí desconcertado durante breves instantes. En el interior del agujero, improvisado de nicho, estaba la imagen de alguna virgen o algún santo al que la llama iluminaba como lámpara votiva.

—¿La Virgen de Guadalupe? —pregunté.

Entre las sombras Atilano hizo un movimiento negativo. —Es santa Rosalía, la patrona de los mineros —explicó sin dar mayor trascendencia al asunto.

Nuestras voces despertaron a los hombres. Uno de ellos se incorporó a medias, apoyándose en el codo para mirar, antes que nada, en dirección de la lámpara votiva y luego, sin transición, hacia el Múcuro en plan de reproche.

—¿Qué pasó contigo? ¿Por qué tardaste tanto? —se volvió con un movimiento de cabeza, señalando hacia la llamita del nicho. Si más te dilatas, se nos apaga la veladora —hizo una pausa. ¿Y qué? ¿Pudiste jallarla a estas horas?

El Múcuro rebuscó afanosamente entre las ropas, bajo el chaquetón, y mostró una veladora nueva, de parafina.

—Tuve que ir hasta Saltillo y vale que les dije que soy de la caravana, si no ni la tienda me abren.

“Vale que les dije que soy de la caravana.” Atilano tenía razón: el pertenecer a la caravana era para

sus componentes, en cada una de las poblaciones que tocaban, igual que un Ábrete Sésamo. Al paso de los mineros —que transitaban silenciosos y erguidos por las calles— yo vi salir a los niños y a las mujeres de Saltillo con regalos.

Y más adelante, en las pequeñas rancherías, he visto cómo las ancianas salían a la carretera con las canastas de alimentos, que entregaban, con lágrimas en los ojos, a éste o aquél, al primero con que se encontraban, sin distinguir a quién, ni reparar en la persona, pues en fin de cuentas aquello era como un presente plural y sin nombre, ofrecido a esa caminante multitud anónima que parecía dirigirse inexorable, hasta el sitio mismo de su tierra de Canaán.

No en vano las puertas de la tienda se habían abierto, aun a deshoras de la noche, para que el Múculo pudiese comprar su veladora para santa Rosalía. Ahora la mostraba con orgullo a sus camaradas, acariciándola.

—Me dieron de las mejores... —exclamó.

Aquello que yo había sospechado injustamente que fuese una botella de alcohol, no era sino la veladora que Atilano preservaba con tanta codicia mientras descendíamos al arroyo.

El hombre que estaba echado entre las mantas, bajo la hornacina, terminó por ponerse en pie para disponer por sí mismo la veladora al pie de la imagen religiosa.

—La traemos desde Rosita, encendida todas las noches —explicó—; siempre la ponemos en algún lugar donde no le pegue el aire...

Casasola, que ya había disparado varias veces su cámara en todas direcciones, se aproximó algunos pasos. Se advertía impresionado.

—¿Pues qué? —preguntó con asombro a quemarropa. ¿No dicen que ustedes son comunistas?

Le respondió un silencio molesto. El hombre que había hablado con el Múcuro se rascó la cabeza, impaciente.

—Ya nos tienen cansados con eso de que somos comunistas. Ora les da porque todo el que pide justicia es comunista...

—Nosotros sólo pensamos —le dije— que ustedes tienen un conflicto y luchan por resolverlo a su favor de la mejor manera posible.

El minero ya no quiso contestar. Ahora se ocupaba de amontonar astillas para encender una hoguera. Después de unos instantes logró un pequeño fuego, insuficiente en absoluto. Los *flashes* de Casasola habían despertado a la gente y aquí y allí se agitaban sombras imprecisas, tratando a su vez de hacer fuego con lo poco que pudiera encontrarse a la mano: pedazos de tabla o viejos y podridos trozos de durmientes y postes hallados al azar.

Yo recogía los nombres de algunos mineros, mientras el Múcuro iluminaba mi libreta con una batería de buenas condiciones, que quién sabe de dónde salió. Tiburcio Huerta Fuentes, Ernesto Garza Her-

nández. Todos soldados, igual que Atilano. Deduje entonces que dormirían en grupos, por especialidades de trabajo, lo cual facilitaría una convivencia más comprensiva y en cierto sentido familiar. El amigo del Múcuro, el que le había reprochado su tardanza con la veladora, se llamaba Mariano Duran. En esos momentos venía de la oscuridad, en dirección de la pequeña hoguera, arrastrando, en medio de maldiciones, un pedazo de poste viejo.

—¡Qué tronco hijo de un fragao! —exclamó con el peculiar acento del norte.

Lo peor del caso es que tenía razón. En un principio se sintió orgulloso por el hallazgo del tronco, pero ahora se daba cuenta de que el viejo poste, atravesado por pedazos de hierro, no se podría partir en leña para que ardiera, y que echarlo a la lumbre, así entero, sólo produciría una inútil humareda de todos los diablos.

—¡Ah, tronco ingrato! —repetía.

Aquello era muy semejante a que se nos plantearan ahí, en pleno siglo veinte, los problemas más primitivos y elementales del hombre, cuando debió ingeniarse para encontrar el calor primero. Se me ocurrió entonces, a falta de otra cosa, imaginar que la civilización nos ha apartado de ese antiguo y juvenil dios de nuestros antepasados que es el fuego, y que a fuerza de conservarlo, prisionero y triste, dentro de radiadores y maquinarias, y a fuerza de invocarlo con el humillante procedimiento de oprimir un botón o mover una palanca, se nos niega y se burla

de nosotros cuando tratamos de verlo en su primera desnudez, danzando ante nosotros con su ondulante cuerpo mitológico.

El frío, acompañado de un viento de cuchillos, calaba hasta los huesos y todos mirábamos con una especie de amorosa melancolía las brasas a punto de apagarse, como si, a pesar de ello, esperaríamos la súbita realización de un milagro, acaso el nacimiento desde el fondo de la tierra, insuflada por el mismo Hefesto, de la llama que nos abrasara con una tibieza dulce, acogedora y tranquila. Entonces Duran, que ya había conseguido un machete, comenzó a desprender el poste, pedacito a pedazo, con la inverosímil paciencia de un presidiario y la alucinante meticulosidad que pone un gastrónomo al mondar una pieza de pollo, pequeñas rajadas y diminutas astillas que servirían para avivar la hoguera. Parecía esto tan inaudito como la construcción de una muralla china: pero nada había que hacer, antes de helarnos, sino esperar a que se reuniera el número suficiente de astillas, aunque, después de todo, las astillas se consumirían en seguida, sin darnos otra cosa que un efímero calor, la ilusión del calor...

Cierto. Volvíamos al primer hombre y a sus primeros instrumentos: la madera, el fuego. Pero estos instrumentos, también, nos ponían frente a frente de las más hondas verdades universales, del nacimiento de la conciencia de la especie, de la solidaridad humana y de la lucha.

Con el puño en alto

—Dan ganas de abrazar las llamas —dijo alguno en voz muy queda junto a mí.

Enlazaba esto de tal modo con mis pensamientos que quise averiguar qué lo originaba. Era muy sencillo: antes de que pudiera darme cuenta cómo fue, ya Duran había logrado encender un hermoso fuego, una restallante hoguera igual que la fantástica cabeza de una Medusa sepultada a ras de tierra.

A lo largo del impresionante cañón del arroyo comenzaron a proyectarse numerosas sombras, primero las nuestras, quince o veinte, y luego, más allá, una multiplicación extraordinaria de cuerpos que se movían, accionaban e iban de un lado a otro, todo en medio de quedas voces: eran los comisionados, en cada grupo, de preparar el café y las tortillas de harina para el momento en que el clarín de órdenes, a las cuatro y media o cinco de la mañana, lanzará la señal de levantarse.

—¿No se acuestan, compañeros?—nos preguntó alguien. Aquí hay una cueva medio abrigadita...

Nos explicó esa misma persona que a cada uno de los rincones donde acampaban los respectivos grupos, solían darles, por divertirse, el nombre de los hoteles más famosos de la capital: el Reforma, el Regis, el Prado.

Nosotros, al acomodarnos en el rincón donde pasaríamos el resto de la noche, decidimos que aquello se llamara, de ahí en adelante, “la cueva de la revista *Hoy*”.

—¿Pues de dónde nos viene esta desgracia, señor, de que no nos quieran hacer justicia?

Había amanecido ya y los mineros, concentrados en el punto que se denominaba La Calera, tomaban café agrupándose en cuclillas alrededor de los comales, en espera de la orden para marchar hacia Saltillo.

El hombre que me había hecho la pregunta, sentado junto a mí, miraba obsesivamente los leños, cuyas llamas, al salir por debajo del comal, formaban en los bordes de éste una especie de turbulenta corona.

El hombre dio una vuelta sobre el comal a su tortilla de harina, esperó un instante y luego sacudió la ceniza de su tortilla contra la palma de la mano.

—¿De dónde nos viene tamaña desgracia, señor? —repitió sin odio, más bien con el sentimiento de quien ha recibido una ofensa que hiere lo más profundo de su dignidad.

Era un hombre de edad, de esos que piensan mucho, que acumulan sabiduría extrayéndola de todo lo que los rodea, repasando en la mente cada objeto que ven, cada experiencia que viven.

—Para mí —se respondió a sí mismo—, todo esto no es cosa sino de las malas compañías...

Yo no comprendía bien. Me figuré que aquello sería tal vez una alusión a las compañías mineras. El viejo negó con énfasis.

—No, no es a éstas a las que me refiero. A las compañías mineras les vamos a ganar tarde o

temprano —dijo, pero en su manera de hablar se adivinaba la reticencia del narrador de cuentos que retrasa la solución de su historia para mantener en suspenso a sus oyentes. Yo hablo —añadió— de lo que es andar en malas compañías... de lo que es eso de andar mal acompañado y los prejuicios que trae...

El viejo masticaba la tortilla de harina ayudándose con un trago de café.

—Yo tengo hijos y también alguna experiencia —prosiguió. Cuando tenían pocos años mis hijos, yo los cuidaba que no anduvieran con gente de edad mayor, no esos muchachos más grandes me los fueran a volver mal averiguados y viciosos —hizo una pausa y sus ojos se clavaron en la lejanía. Y desde entonces yo me digo, señor, que lo mismo son los hijos que son los pueblos, y que al pueblo de México nos lo andan encandilando con malas compañías, porque México, señor, también es como un muchacho de quince años...

Me quedé perplejo. El hombre permaneció silencioso unos segundos y luego se puso en pie, con una sonrisa burlona y triunfal.

—Y no quera mirar ontán esas malas compañías de México, señor, porque ahí nomás los tenemos pegaditos como tábanos, y no son sino los mentados gringos americanos, que ya nos quisieran hacer suyos dialtiro...

No me dio tiempo a replicarle. Se alejó hacia un grupo de mineros que ya comenzaban a formar

en columnas, pero a cierta distancia se detuvo para hacer un vago ademán hacia mí.

— ¡Acabe luego con su café! —gritó. ¡Écheselo como agua, que ya está pitando la corneta para que nos vayamos!

En efecto, el clarín tocaba a reunión en esos momentos y corrí a colocarme en el puesto que se me había asignado en la columna: grupo número uno, a la descubierta de la caravana.

A lo largo de la carretera se tendía un múltiple cuerpo humano de cuatro mil quinientas cabezas sin contar a las mujeres y a los niños, que ocupaba un poco más de dos kilómetros. Entre la multitud, moviéndose sin descanso, infatigable, se veía a nuestro joven Casasola, el disco metálico del *flash* de cuya cámara, herido por los resplandores del sol, apareciendo y desapareciendo como un combate cuerpo a cuerpo, lanzaba vibrantes destellos, igual que el escudo de un guerrero. Un intrépido y moderno guerrero del periodismo.

Por descuido no conservé el nombre del viejo minero que me narró la curiosa parábola de las malas compañías. Recuerdo, sí, su mirada astuta donde brillaba una chispa de ingenio alegre y aleccionador, su rostro seco, las gruesas uñas color café de sus manos. Pero en cambio viene a mi memoria con absoluta claridad el nombre de Ambrosio Guajardo, otro viejo, éste de sesenta y seis años, y me veo junto a él, mientras me contaba cosas de su vida, bajo un puente de

piedra, en el kilómetro 387 de la carretera a Monterrey, donde acampáramos después de salir de Saltillo.

En aquellos momentos, a la luz rojiza del sol, la indecible atmósfera del crepúsculo daba un prestigio de antiguo retablo a la figura del viejo, las blancas barbas de cuyo rostro lo hacían aparecer con la vaga y tranquila mansedumbre de un personaje bíblico que paciera sus rebaños.

—Yo ya soy un minero “terminado” —me decía—, pero de todos modos quise venir en la caravana, nomás por mis hijos.

Parecía dolerse al usar la palabra “terminado”, como si esto lo humillara. La palabra, por otra parte, a mí mismo me pareció que tenía una cierta desconsiderada brutalidad, aunque me figuré que los mineros, a fuerza de valerse de ella, ya no lo advirtieran.

—Sí señor, un minero terminado, aunque me dé pena el decirlo— repitió el viejo con un matiz de melancolía y como si ser un minero “terminado” fuese su propia culpa.

Me explicó entonces que hasta hacía muy poco tiempo aún trabajaba en la mina, pese a que le venían exigiendo que aceptara su “terminación”.

—Yo quería seguir en la mina, y los años que ahí tengo me daban derecho a eso... La empresa no hallaba cómo echarme, pero yo seguía en mis trece... Pero el caso fue que mi hijo menor también llegó a la edad de entrar en la mina. Y entonces fue cuando la empresa no quiso darle entrada y puso de condición que le daría trabajo al muchacho, sólo que yo acep-

tara mi “terminación”... Así nos cambiaban al viejo inservible que soy yo por el muchacho tarugo que es mi hijo... ¡Y qué quiere usted! Acepté darme por “terminado”... Así fueron las cosas.

Comprendí entonces el cabal sentido de la palabra “terminado” para los mineros. Un trabajador terminado es aquel que por enfermedad o vejez ya no puede hacer nada en la mina, un trabajador del cual ya no se puede sacar nada, que va está exhausto, sin savia, sin jugo, agotado, “terminado”. La costumbre habrá concluido por dar a la palabra la legitimidad de un hecho común y corriente, pero eso no quita nada a la circunstancia de que, detrás de un minero terminado, esté la tragedia de una vida entera de trabajo, sufrimiento y explotación.

—Así que nomás ando en la caravana por mis hijos, pa’cuidarlos... Tengo seis muchachos en total, todos mineros. El mayor, Serapio, tiene treinta y ocho años... —al decir estas palabras se interrumpió de pronto, con una suerte de misteriosa reserva, como si una sombra hubiese pasado por su mente. Pero este Serapio de que le hablo —añadió en seguida— hace mucho tiempo que dejó de ser minero... Los demás todavía lo son, todos: Gilberto, Edmundo, Armando, Everardo y Héctor... Vine a cuidarlos para que no les pase nada...

El viejo Guajardo hablaba de sus hijos, de sus “muchachos”, todos mayores de treinta años, con la sencillez de un patriarca que mira su prole crecer sin que haya perdido la infancia.

—Pero mire usted lo que son las cosas: de todas partes me echan. Vengo a la caravana y me largan pa' Rosita; voy a Rosita y me largan otra vez a la caravana... Todo porque allá en Rosita se quedó el mayor, Serapio, que tiene medio cuerpo paralizado.

Me explicó entonces: Serapio, impedido de valerse por sí mismo aun para las más sencillas necesidades, quedó en Rosita al cuidado de su madre.

El viejo Guajardo sonrió lastimeramente, mientras los ojos se le humedecían.

—Oiga lo que me dicen los muchachos —exclamó—, oiga lo que dicen cuando vengo a visitarlos: “mire, papá —dicen—, nosotros tamos buenisanos, y usted mejor váyase con Serapio, que ése sí lo necesita, cuantimás que nuestra madre está ya muy enferma para atenderlo como se debe. Tenga usted más consideración. ¡Ande! Váyase pa' Rosita cuanto antes”.

El viejo se detuvo un instante. La nuez en su garganta se movió muy característicamente, al dar paso a un trago de saliva.

— ...Y lo peor es —añadió— que cuando llego a Rosita, me sale Serapio con la misma ancheta: “regrese con mis hermanos, papá, déjeme a mí tirado, que al fin yo ya no puedo luchar, váyase con ellos para que vean que su padre es el primero en darles el buen ejemplo... ¡Ándele pues, papá, camine con mis hermanos hasta México, aunque se le cansen las corvas, ya estaría de Dios que conociera la capital a pie!”... Y

ahí me tiene usted, de un lado para otro, aprovechando los viajes de la camioneta, para cumplir con todos y no dejar a naiden de la mano...

Del mismo modo que Ambrosio Guajardo, aparecen ante mí muchos otros mineros, centena- res, miles, todos ellos recios, parcos, confiados en su fuerza. Veo sus pies llenos de sangre y ampollas. Recuerdo los pies deformes de una mujer, Hortensia Álvarez, mientras refrescaba sus plantas agrietadas en un sucio charco de agua; recuerdo esos pies y aún me parece que escucho las palabras que la mujer me dirigió, en tanto sus labios se entreabrían magnífica- mente en una sonrisa llena de diafanidad y de orgu- llo:

—Nos ampollamos y nos volvemos a ampollar, pero ni quién nos detenga...

Viene a mi memoria, palpable y trágico, el do- loroso silencio que se apoderó de Saltillo cuando la ciudad entera salió a las puertas de las casas para contemplar el paso de la caravana. Oigo aún el sollo- zo trémulo de la enorme multitud, en la plaza de ar- mas, cuando uno de los oradores, desde una ventana, recordó que en Nueva Rosita los hijos aguardaban el triunfo de sus padres. Veo en la memoria de todo eso y pienso.

Pienso en aquellos que sin darse cuenta de lo que dicen, afirman que los mineros están manejados por fuerzas ocultas. Pienso en ellos y creo que tie- nen razón: los mineros se mueven bajo el impulso de

Con el puño en alto

las implacables y poderosas fuerzas ocultas que laten dentro de su propio corazón. Esas fuerzas invisibles, que cuando se hacen conscientes en el alma del pueblo, son capaces de destruir y construir un mundo.

TESTIMONIO DE LOS 121 DÍAS DE LUCHA DE LOS TRABAJADORES DE SPICER

**MARIO NÚÑEZ
PACO IGNACIO TAIBO II**

BANDERAS DE HUELGA

La cosa explotó el treinta de junio. En la madrugada, cuando llegamos a trabajar, ya estaban puestas las banderas de huelga. Desde lejos se veían. Pocos sabían cuándo iba a empezar la huelga, “sólo el comité y los de más confianza”.

Nos teníamos que andar con cuidado pa’ que la empresa no se nos adelantara despidiendo más gente y metiendo esquiroles. Nunca faltan los perros de oreja que quieren quedar bien con los patrones. Pero, eso sí, todos estábamos listos nomás esperando que estallara la huelga pa’ entrarle.

El comité, los asesores y algunos compañeros de otras secciones del Sindicato del Hierro habían estado toda la noche encerrados después de que se decidió la huelga, para evitar que se colara la información; y al amanecer se lanzaron a la fábrica. Salvador llegó con un megáfono y gritaba: ¡HUELGA! ¡HUELGA! La raza llevaba muchos días esperando y por fin llegaba el día. Entonces llegaron los camiones que suben a La Presa, y la gente cuando se bajaba decía: ¿YA? ¿YA

Con el puño en alto

ESTALLÓ? Todos estábamos alegres... el miedo vino después...

Apenas vimos el rojo y negro se corrió la voz, como una chispa en la pólvora. Al rato ya estábamos ahí todos bien puestos haciendo guardia, demostrándole a la empresa que estamos unidos, decididos a todo. Y ahí nos quedamos hasta la mañana del día siguiente, por si intentaban romperla.

Los capataces se espantaron. El perro de Sosa, el capataz mayor, decía: “No les va a durar ni un día. Ahorita regreso con cien mineros y se va a la chingada su huelga”. Pero se tragó sus palabras.

Ya sabíamos que en cualquier momento podían meter esquiroles o traer a la montada pa’ desalojarnos. Por eso nos fuimos todos a las puertas y nos quedamos las 24 horas, pa’ que lo pensaran dos veces antes de aventarse. Ya teníamos nuestra conciencia. No en balde llevamos seis años en la pelea. Conocemos bien todas sus artimañas.

Las empezaron a utilizar allá por el 69...

LA COSA VIENE DE LARGO

Las empezaron a utilizar allá por el 69. En aquel entonces empezó un movimiento para pedir cambio de delegados. No nos representaban. Nunca nos consultaban ni hacían asambleas. Los obligamos a hacer una, pero los ánimos se caldearon y se suspendió porque el secretario abandonó la asamblea. A los pocos días empezaron los despidos.

La bronca había empezado nomás contra los charros. Pero la empresa se metió a defenderlos. Primero despidió a los que más habían sobresalido.

Pero la cosa no paraba. Se seguía distribuyendo un periódico con el que nos manteníamos comunicados todos. El periódico decía “tortuguismo” y nosotros disminuíamos la producción; decía “boicot” y nosotros perdíamos piezas claves.

La empresa se volvió loca. Nos revisaba al entrar y al salir, pero nunca nos encontró nada. Nos llegó a vigilar hasta en los baños. Sólo pudo pararlo despidiendo más compás. Hasta 25 ó 30 fueron despedidos en los tres meses que duró ese movimiento. Estuvo fuerte la cosa.

Aquella vez supimos con quién están las autoridades. La policía intervino, entró hasta las máquinas y sacó a los despedidos a punta de pistola. Por ahí dicen que fueron identificados por una fotografía que les tomaron en Conciliación cuando fueron a una audiencia...

Y que el fotógrafo se ganó 4,500 pesos el muy jijo...

En esa ocasión los patrones y charros nos dieron en la torre, pero tuvieron que descubrir sus cartas. Ora ya se las conocemos y estamos preparados pa' contestarles como se merecen. A ver ora de a cómo nos toca.

En el 72 hubo otro movimiento. Los delegados seguían sin hacer asambleas, arreglándoselas siempre a puerta cerrada con la empresa. Algunos com-

Con el puño en alto

pañeros protestaron y se empezaron a mover, pero andaban muy aislados y casi no se atrajeron el apoyo de los demás. Todavía nos acordábamos de lo que sucedió en el 69. Acabó igual: despidieron a 10.

Pero no estaban bien organizados, por eso no despertaron la confianza de la gente. Eso también nos sirvió de experiencia: si no jalábamos todos parejo no íbamos a poder doblar a la empresa.

Ahorita estamos todos unidos y nadie se raja, pero la cosa no fue tan fácil. Algunos compañeros ya llevan año y medio metidos en esto, moviéndole por debajo del agua, hablando con todos nosotros, dándonos conciencia, animándonos y organizándose.

Al principio no les respondíamos, o lo hacíamos por poco tiempo, pero ya ven, ahorita estamos todos al pie del cañón y no hay diferencias: todos unidos, con nuestra conciencia y decididos a no echarnos pa' tras.

Sí, ahorita la cosa se ve muy bonita: las puertas llenas de compañeros haciendo guardia y discutiendo los problemas nuestros y de otras fábricas; un montón de mantas de apoyo; declaraciones de sindicatos; visitas de colonos y estudiantes que nos traen cooperación. Pero pregúntenle a Don José cómo se veía en marzo del año pasado, cuando esto se empezó a formar.

Fue a raíz de que los patrones quisieron meter un cuarto turno. Eso ya era demasiado. Aparte de lo que producimos sin que lo paguen, aparte de todas

sus ganancias, querían ahorrarse las horas extras. Y traernos de un turno pa' otro, haciéndonos venir hasta los domingos. Algunas gentes protestaron. La empresa la agarró contra Don José y lo despidieron.

Pero él no se dejó. No quería dinero, sino su reinstalación. Se quiso defender, asesorado por un licenciado del Independiente, pero la empresa fue intransigente.

Entonces sí que la cosa empezó en serio. Don José nos esperaba a la salida de la fábrica para hablarnos, y nos reuníamos para discutir los problemas y ver cómo resolverlos.

Así se fue formando el primer grupo. Organizaban asambleas allá por Martín Carrera, donde se discutía el problema de los eventuales, lo del contrato colectivo y cómo organizarnos para ganarle la titularidad a la FAO. Estas asambleas duraron casi cuatro meses, hasta que alguien le dio el soplo a la empresa. Entonces nos fuimos al parque 18 de Marzo, pero ya éramos menos. La segunda vez fuimos como diez.

Siempre era lo mismo: cada reunión llegaban nuevos compañeros, pero muchos ya no regresaban durante algún tiempo. Todavía había quienes tenían miedo; otros se desanimaban al ver que la cosa iba lenta. Pero no podía ser de otra forma. Los que ya tenían más conciencia seguían trabajando sin desanimarse, despacio pero seguro.

Teníamos que reunir la firma de la mayoría para ganar el contrato. Nos la ingeniábamos como fuera

para poder hablar con los compañeros fuera de la fábrica y convencerlos de que se unieran al Independiente. Sobre todo aprovechábamos los deportes.

Luego continuamos las asambleas en un local que nos prestaron los de Vidrio Plano. Desde entonces fue mucha la solidaridad que tuvimos de otros trabajadores. Ya cuando tuvimos las firmas de la mayoría, metimos la demanda a la Secretaría del Trabajo, y el 23 de febrero hicimos la primera asamblea general en Martín Carrera. Nos juntamos como 250 compañeros allá. Fue chingón.

Después de 7 años ya no sabíamos ni qué era una asamblea. Discutimos los asuntos que realmente nos interesan y conocimos los problemas de los demás compañeros. Cualquiera podía pedir la palabra y hablar claro. Pero al final nos llegó la policía y agarraron a Don José, dizque por agitador. Hasta lo quisieron golpear. Pero no le pudieron demostrar nada y lo soltaron.

Desde entonces aumentó mucho la participación. Las autoridades nos llamaron a una primera audiencia en la que nos pidió pruebas. Empezamos a reunimos en asambleas por departamento, allá en Vidrio Plano y nombramos delegados. Ya empezábamos a sentir que la cosa tomaba cuerpo y que íbamos ganando fuerza.

Luego las autoridades nos quisieron jugar chueco. Primero nos llamaron a *una audiencia de vacaciones*. De todas formas ahí nos fuimos con pancartas

como 150 compañeros. Exigiendo que se hiciera el recuento.

Pero la empresa utilizó una y mil artimañas jurídicas y logró que antes del recuento se hiciera una inspección para ver si las firmas de afiliación a nuestro Sindicato Independiente eran reales. ¡Vaya farsa! Así, aunque saliera la mayoría a nuestro favor, la inspección no servía como recuento... Además lo podían haber hecho en un día y tardaron varios meses sin terminarlo...

Nos mandaron a una inspectora bien tranza. Pasaba entre 5 ó 6 por día y daba la casualidad que casi todos eran los de la FAO.

Y cuando pasaba alguno de nosotros para confundirlo le preguntaba: “¿A qué sindicato pertenecías?”

La demandamos y la tuvieron que sustituir. El que mandaron en su lugar se portó más decente pero se atravesaron las vacaciones de mayo y todavía no es la hora que se para por aquí. La empresa no lo quería.

Así las cosas, la bronca pasó a otro terreno. Viéndola perdida con la FAO, la empresa empezó a contratar mineros. La mayoría de ellos no sabían qué pasaba, muchos ni siquiera leer, pero eso sí, se ponían a repartir volantes. Les pagaban \$100.00 diarios, con el ofrecimiento de no descontarles impuestos. Pero les “pedían” que nos convencieran de pasarnos a su lado; sí no, los corrían.

Con el puño en alto

Los mineros eran esquiroles ya probados, capataces, charros chicos y perros de otras fábricas del Sindicato Minero Metalúrgico de Napoleón Gómez Sada. Habían llegado por acuerdo del Congreso del Trabajo para que el minero le entrara a revivir el cadáver charro de la FAO.

Nosotros contestamos anulando a los mineros. Hablamos con ellos y a algunos los convencimos: aquí están con nosotros. Otros siguieron tercicos. Entonces les rompíamos los volantes, hacíamos bola alrededor de ellos y les metíamos miedo.

La empresa prefirió llevárselos al 3er. turno. Pero no sabían manejar las máquinas, así que también se llevó a los de nosotros que estaban en las máquinas clave.

Con ellos sí se portaban muy descarados. Cuando llegaban a trabajar el viernes en la noche, que les tocaba doble turno para no ir el sábado, el ingeniero les decía que se fueran al “Bar del Coleadero”. Ahí estaban esperándolos los meros meros del minero: les invitaban a tomar cervezas y hasta les llevaban su sobre allá con la paga completa. Después de 3 ó 4 semanas les sacaban el padrón del minero para que lo firmaran.

Casi todos los compañeros siguieron firmes en el Independiente y los mandaron a volar, a pesar de que los amenazaron con que ya llevaban 3 faltas al trabajo y los podían despedir. Lo que sí les hicieron fue descontarles los días que faltaron, aunque había

sido el ingeniero el que les había dicho que fueran allá.

Eso del “Coleadero” duró como dos meses y medio. La empresa como que empezó a ver que la bronca era en serio y que todo le salía contraproducente, porque cambió de táctica. Para meternos miedo y acostumbrarnos a la sumisión, metió a unos halcones en lugar de la policía industrial que siempre hubo. Al entrar y al salir el turno nos esculcaban los bolsillos, la camisa, los calcetines, hasta en los calzones nos buscaban. Nosotros teníamos siempre el cuidado de revisar nuestra ropa por si algún supervisor o minero nos había dejado un regalito. Pero de todas formas lo que parece que les importaba más era someternos a su poder porque ni modo que nos lleváramos un calabazo en los calcetines.

Hasta que los del 2o. turno nos organizamos y les hicimos frente, no dejándolos que nos esculcaran. Hasta corrimos a su jefe. Al día siguiente trajeron a unas personas para observar quién era el que nos organizaba y acusarlo de agitador, pero salimos tranquilos y no pudieron agarrar a nadie.

Como todo el tiempo discutíamos entre todos lo que pasaba, siempre teníamos claro qué era lo que había que hacer. Siempre respondimos bien a sus agresiones. Pero además nos lanzábamos a la ofensiva con movilizaciones. Empezamos con dos mítines dentro de la fábrica pidiendo pláticas con la empresa.

Con el puño en alto

La primera vez se negó, pero la segunda aceptó a una comisión.

Sólo para amenazarnos: “están violando la ley interior del trabajo”, nos gritó.

Las leyes que nos obligan a trabajar son las únicas que conocen esos señores.

Y las únicas que hacen respetar las autoridades.

Decidimos entonces hacer los mítines fuera de la fábrica. Eso nos sirvió además para hacerlos más grandes, por que así nos juntábamos dos turnos. Y luego nos juntamos todos en una marcha que hicimos desde Vidrio Plano hasta la colonia de aquí enfrente.

Pero la empresa seguía intransigente y las autoridades seguían sin decidirse a hacer el recuento de ley. Andaban con el rabo entre las patas.

Fue entonces que el domingo 29 de junio el comité llamó a los compás de mayor confianza y se cerraron para organizar la huelga.

Para sorprenderlos nos habíamos reunido ya varias veces. Nunca supieron cuál era la buena.

Y al día siguiente, al amanecer, cuando llegamos a la fábrica, las puertas ya se veían cubiertas con las banderas rojinegras. Ya había estallado la fiesta.

LA HUELGA

De repente nos dimos cuenta de que teníamos una huelga entre las manos. Ahí estábamos, 500 o más de nosotros sin saber qué hacer.

Y comenzó la organización: Las primeras guardias. Se hicieron guardias de 12 horas, dos turnos al día repartidos en tres puertas. Sirvió para que pudiéramos mantener grupos fuertes permanentemente ante la fábrica y que a diario asistiéramos todos.

Luego, las comisiones: Solidaridad, a buscar el apoyo, una de información y prensa. Los encargados de cada puerta. Los cajeros, la distribución de la comida, la preparación de los botes y la organización de las brigadas que salían a buscar colectas, los que se fueron en comisión de información a provincia, los encargados de conseguir cartón y lonas.

Al rato aquello era un hervidero de trabajo y comenzaron a llegar las primeras mantas de apoyo que eran colgadas en las rejas: Alumex, Vidrio Plano, La Presa, Martín Carrera, Vidriera, Tosa, SUTERM Tendencia Democrática, Tesorería, Intersindical, Tecnomaya, Colonia Ajusco...

Y salió el primer desplegado: “Estamos en una huelga libre exigiendo: Reconocimiento de la titularidad del Contrato para nuestro sindicato independiente”.

Y fuimos a nuestra primera manifestación. Organizada por la Tendencia Democrática del SUTERM en el DF, el Sindicato Independiente de Trailmobile y los grupos sindicales de lucha de Xalostoc. Allí se escucharon nuestros gritos por primera vez: “¡SPICER... SPICER... SPICER...! ¡Pueblo, escucha, SPICER en la lucha!”

Fueron días muy duros. Ya ven que nos tuvimos que lanzar así nomás, a lo loco, como quien dice. No teníamos caja de resistencia, sólo algo que habíamos podido ahorrar en lo personal, pero muy poco. No esperábamos que fuera a durar tanto.

Un error grave que se cometió fue no habernos preparado para una lucha larga. Nos confiamos mucho en el rumor que se corría de: “esto no dura una semana, no pueden aguantar”. Era parte de una visión exclusivamente económica de la lucha. La empresa lógicamente no podía aguantar una semana en huelga después del tortuguismo que se le había hecho desde un mes antes.

Peor no fue la lógica económica, sino la lógica de un enfrentamiento político entre dos clases: obreros y patrones, la que dirigió toda la huelga. La empresa estaba dispuesta a perder millones, y los perdió.

Este error nos costó caro, fue una de las fuentes de desgaste más grande que padecimos. Hizo necesario un gran trabajo de pláticas en las puertas para que todos, todos, hiciéramos una reflexión sobre lo que estaba pasando, y nos preparáramos para una lucha larga que podría terminar en represión.

Así surgió la teoría de la resistencia, que fue la que permitió resistir 38 días de huelga, la que fue haciendo de nosotros combatientes de una lucha larga y no de un combate de una semana.

La resistencia se pensó, se creyó y se preparó. Con frecuencia nos poníamos a imaginar quiénes vendrían a reprimirnos, por dónde llegarían, cuántos

serían, nos enfrentaríamos o saldríamos corriendo. Si eran cien, les dábamos en la madre, si venían 500 armados, correríamos cómo venados. ¿Correr pa' dónde? Para La Presa.

La Presa estaba dispuesta a recibirnos. La Presa estaba dispuesta a rajarse la madre junto con nosotros. Los cuetones estaban listos; si se venía la represión tronaríamos cuetes y La Presa se dejaría venir, o bien, subiríamos corriendo al cine Guevara y ahí empezaríamos a organizar el brigadeo. Las resorteras también estaban listas.

Para ello, hablamos con cientos de colonos, volanteamos, hicimos festivales gigantes y mítines. La gente de La Presa rápido supo que éramos parte de la misma cosa; SPICER empezó a ser parte de la vida de La Presa. Teníamos pensado empezar a luchar por La Presa : agua, drenaje, basureros, escuelas... No tuvimos tiempo. Estamos en deuda con ellos.

Al principio pensamos que la empresa no iba a resistir mucho. Las automotrices se quedaron rápido sin ejes. Hasta empezaron a salir noticias en el periódico y la radio. Imagínense; las automotrices teniendo que disminuir y hasta parar la producción por falta de una pieza que sólo nosotros producimos. Los teníamos bien agarrados.

Pero el gobierno entonces abrió las fronteras para que pudieran importar ejes. A nosotros no nos extrañó mucho, pero desde hace mucho sabemos que las autoridades están con los patrones. Con esa me-

dida, lo que hicieron fue permitir que la empresa resistiera más tiempo.

No les sirvió del todo, porque los ejes extranjeros no se adaptan bien a las necesidades de aquí, y les costaba más adaptarlos.

Pero a las automotrices no pareció importarles mucho. Además la transnacional decidió pagar la diferencia en el costo. El resultado fue que todos los patrones, los de SPICER, los de las cámaras y los de las automotrices, se unieron en contra nuestra y se hicieron mucho más fuertes.

Yo nunca me había imaginado eso. Los patrones de muchos lados unidos con las autoridades en contra de los obreros de una fábrica. La presión se dejó sentir muy fuerte. Ya esperábamos de un momento a otro que las autoridades declararan inexistente la huelga y nos aventaran a la policía montada para obligarnos a trabajar.

Pero de nuestro lado la cosa también se estaba poniendo bien. Formamos comisiones que fueran a informar de nuestro problema y a pedir apoyo a muchos lugares, aquí mismo en la capital y a provincia. La gente respondió a todo dar. De todos lados nos llegaron cartas de solidaridad y apoyo económico. De Campeche, Puebla, Tlaxcala, Guanajuato, de muchos lados. Hasta de Centroamérica y Europa.

Fue una respuesta muy a todo dar, porque no solamente nos mandaban cartas y dinero los dirigentes, sino que la misma gente, los trabajadores, los colonos y los estudiantes, se venían aquí a platicar con

nosotros y a demostrarnos su apoyo. Algunos hasta se pasaban aquí la noche haciendo guardia, y entonces discutíamos los problemas de todos.

Suena muy bonito eso de la solidaridad. Pero la solidaridad no se levantó del aire. Fue producto de un trabajo duro, de hormigas. Sólo Vidrio Plano, Martín Carrera y Mexicana respondieron a la solidaridad rápido, y eso porque había información constante entre los grupos. Lo demás tuvo que hacerse poco a poco. Informando incansablemente. Convenciendo a los dirigentes de los sindicatos independientes, hablándole a las bases. En algunos sindicatos bajo control charro, o bajo control de traidores dizque independientes como Ortega Arenas tuvimos que brincarnos a las direcciones y llegar a la base.

La solidaridad no sólo se construyó pidiendo. Se construyó dando, yendo a ayudar en la medida de nuestras posibilidades. A pesar de estar en lucha hicimos tantos actos de apoyo como pudimos. Y ahí fue donde sé construyó la solidaridad con SPICER, en nuestra solidaridad con los que luchaban.

Ningún movimiento sindical a pesar de estar en conflicto ha estado en tantos actos de apoyo a otras luchas como el de SPICER.

Fuimos a todas las manifestaciones de apoyo a los electricistas que pudimos, acompañamos a los de Mexicana a lo largo de toda su lucha. Participamos en decenas de mítines de colonias. Acompañamos a los de Shatterproof en el estallido de su huelga. La comida que nos sobró a veces la llevamos a huelgas chicas

más necesitadas que nosotros como la de Alteza o la de Bujías Multi-Arc, y así. Si algo lamentamos es no haber podido ayudar más. No fue por falta de ganas.

La solidaridad más importante en aquella época fue la de los compañeros de Mexicana de Envases, la sección hermana del Sindicato del Hierro. Llegaron a venir hasta 20 compañeros todas las noches a hacer guardias con nosotros. Los sindicatos independientes y algunas colonias, sobre todo Martín Carrera y La Presa, fueron quienes nos sostuvieron aquellos 38 días.

Fue un apoyo muy parejo. Se notaba hasta en los camiones, cuando nos subíamos a botear. Todos cooperaban. En la Universidad hacían pintas y colectas especiales todos los jueves, día que fue declarado día de SPICER. Los colonos de aquí enfrente, de La Presa, se metieron de lleno en la huelga: además de todo el apoyo económico y moral que nos dieron, estaban dispuestos a jugársela con nosotros. Nos dijeron: “Si les mandan a la policía, ustedes nomás manden a alguien a tocar las campanas de la iglesia y allí nos bajamos todos a apoyarlos”.

—Ahí fue que las autoridades se tuvieron que agachar. Ya estaban contra los obreros de muchas fábricas y de muchos países, apoyados por colonos y estudiantes. La cosa ya estaba pareja, aunque les doliera. No se atrevieron a declarar inexistente la huelga y decidieron darle largas al asunto, esperando que nos desinfláramos.

Así fue como paramos el primer ataque en serio de la empresa. Desde entonces las cosas las vimos distintas. Tuvimos más conciencia de quienes eran nuestros enemigos, y quienes los amigos. Desde entonces nos propusimos prepararnos para cuando entráramos a trabajar. La bronca era demasiado dura para ganarla toda en una sola huelga. Empezamos a discutir y a organizarnos para pelear desde dentro, para responder desde las máquinas e imponer de hecho el Poder Obrero y el Sindicato Independiente. Todos los días hicimos asambleas por departamento y por puerta y teníamos pláticas.

EL CORAZÓN Y LA COLUMNA VERTEBRAL DE LA HUELGA

En las guardias de 12 horas que hacíamos divididos en dos turnos construimos la organización real de nuestro sindicato: las pláticas sobre el Poder Obrero fueron creando su motor y dirección; la organización departamental se convirtió en la transmisión, los ejes y el diferencial.

Para mí, el Poder Obrero es la lucha directa para destruir el poder de los patrones, para vencer su fuerza y destruir su organización; la lucha directa para ganarles la dirección de la producción y hacerles pedazos sus ideas, su seguridad, su orgullo y sus órdenes, e imponer a cambio nuestra fuerza, nuestra organización, nuestra dirección, nuestras ideas. Así entiendo el Poder Obrero, así lo entendimos todos en las pláticas, y así lo llevaremos allá dentro.

Además, las pláticas fueron sacando a la luz ideas que teníamos desde hace tiempo en la cabeza sobre ¿quiénes son los patrones?, ¿quién la clase obrera?, ¿qué es el gobierno?, ¿qué es la explotación?, ¿cuál es la historia de las luchas obreras?

La plática que se dio en todas las puertas sobre el poder obrero fue sencilla: explicaba los mecanismos mediante los cuales los patrones dirigen la fábrica y el mundo, y como estos mecanismos podían ser rotos, ante los patrones que dirigen la producción: **Poder Obrero.**

Ante el poder patronal que marca los ritmos de producción y los turnos: **Poder Obrero.**

Ante el poder patronal que establece quiénes son los que dan las órdenes y que éstas deben ser siempre obedecidas: **Poder Obrero.**

Ante el poder patronal que decide quién tiene trabajo y quién no, cuánto se cobra y cuánto no: **Poder Obrero.**

Ante el poder patronal que nos desune, nos felicita o nos regaña, nos asciende o nos castiga: **Poder Obrero.**

Ante la ideología patronal: **Poder Obrero.**

Ante la mentalidad patronal de esto es bueno, esto es malo: **Poder Obrero.**

“Yo entendí muy bien lo del **Poder Obrero.** Lo que pasa es que desconfiaba que se pudiera realizar. Se me hacía pura ilusión. Pero poco a poco fui entendiendo que era como un edificio de lucha que se levantaba sobre algunas piedras grandes: en lugar de

negociar, actuar. Todos juntos, nunca presentarnos solos, siempre en bloque. Quitarles de las manos la confianza. Hacer lo que se nos daba nuestra chingada gana. Pero hacerlo no por la voluntad de uno, sino con la base de la organización departamental. Así lo entendí yo, y así lo hicimos.”

También organizamos festivales los domingos.

Algunos dicen que los festivales ayudan; nosotros no estábamos del todo convencidos, pero la verdad es que sí ayudaron... En 100 días de lucha escuchamos miles de canciones revolucionarias, algunas medio pesadas, otras buena onda; vimos hartos teatreros y hasta un mago solidario con la huelga: “Aquí tenemos a los charros, soplamos dos veces, y... ¿qué pasa?... soplamos tres veces, soplamos cuatro y ¡chingó a su madre el charro!” El mago acompañó a la huelga en sus momentos difíciles y en los mejores también.

Y qué decir del conjunto Hawai: “Nosotros nos solidarizamos con la huelga, por eso nos vestimos de rojo y negro. Y ahora, para todos los caballeros y damas que los acompañan: ¡Mazatlán!”

De la huelga salieron animadores y compositores, seis corridos y un bolero; un compa es capaz de sostener él solo un festival en La Presa frente a 300 gentes durante 4 horas. Hasta exagerábamos a veces. Una vez tuvimos a la Conga Obrera de puerta en puerta, hasta seis horas, porque en todos lados los hacíamos repetir.

Con el puño en alto

Aumentó mucho la unión entre todos nosotros y la participación, a pesar de los rumores y chismes que metían los perros de oreja, porque todos podíamos hablar claro delante de todos y los problemas se discutían de frente.

Lo hacíamos en “las departamentales”. Primero creíamos que eran algo así como reuniones nomás pa’ variarle. En las puertas más organizadas no fue difícil armarlas, porque sólo tenían dos o tres departamentos revueltos. La puerta uno, famosa por su eterno desmadre, a la que iban y venían comisiones, visitantes, con 20 departamentos ahí revueltos, juegos de dominó eternos, cantantes, magos, teatreros, grillos turistas, cineastas fantasmas, policías... en esa puerta fue un desmadre armar la departamental, pero se consiguió.

Ya luego entendimos de qué se trataba: organizarnos de la misma forma en que estábamos divididos a la hora de estar trabajando, por departamento de producción. Los de engranes con engranes, los de mantenimiento con mantenimiento, los de ensambles con ensambles, y así hasta los 28 grupos en donde todos conocieran a todos, donde se pudiera discutir más a fondo que en la asamblea, y de donde salieran proposiciones a la asamblea general.

Ahí podíamos discutir problemas personales como criticar a los derrotistas, a los desmoralizados... y también a los huevones, ¿Cómo no? También en esas asambleas departamentales se podía controlar el trabajo diario y repartirlo, cosas que son necesi-

rias hacerlas, pero que en la asamblea se armaría un relajo quererlas resolver.

También en las departamentales podíamos discutir con más cuidado problemas más serios, como ¿qué es un sindicato revolucionario?, ¿qué es el charrismo?, ¿por qué nuestro sindicato es diferente?

Y ahí preparamos la resistencia en el interior de la fábrica, formamos comisiones de Control Obrero sobre la dirección, las finanzas y los errores de la huelga y un chingo de cosas que salían de todos, porque a nadie le daba pena decir esta boca es mía. Nos enseñamos a adueñarnos de las decisiones.

A todos se nos informaba completamente de cómo iban las finanzas y las pláticas con las autoridades y discutíamos qué había que hacer en cada momento, pero al mismo tiempo dábamos ideas de cómo evitar que los supervisores nos dominaran cuando entráramos a trabajar para hacernos producir más o dividirnos.

La empresa, mientras tanto, se dedicó a su viejo juego de utilizar a los del Minero para querer asustarnos o comprarnos. Los mandaron por acá, a veces hasta armados, y nos agarraban cuando andábamos solos. Entonces nos recitaban las canciones que les habían enseñado los charros para crearnos desconfianza o darnos miedo. Algunos llegaron a provocarnos, pero siempre los dejábamos igual que a los charros: hablando solos.

Contraatacamos al Minero haciendo marchas en la noche frente a su local. Una vez los colonos los

amenazaron con tumbarle su letrero a pedradas. Al día siguiente, cuando nadie los veía, los mineros lo quitaron.

También emplearon otra táctica al mismo tiempo: enviaban cartas o mensajeros a nuestras casas, a las esposas o las mamás de nosotros, acusándonos de no sé qué mentiras y haciendo amenazas.

LAS MUJERES

Nuestras esposas y mamás reaccionaron al revés de como ellos pensaron. Le entraron con más ganas al movimiento.

Desde el principio nos apoyaron mucho. Hasta se organizaron entre ellas y trabajaron duro. Formaron brigadas que organizaron la ayuda de los de La Presa, Martín Carrera, San Agustín, Providencia, Ticomán, Zacatenco. Consiguieron varias entrevistas para presionar a Muñoz Ledo, Zertuche, Hernández, López Mestre... y si no las querían recibir, le entraban por la fuerza.

“A mí no me dejaba participar mi marido. Decía: ‘Esto es cosa de hombres’, el muy macho. No fue sino hasta las primeras acciones que realizamos, que comprendió que era una lucha de todos. Lo que nunca nos dejaron hacer eran las guardias. En todo momento nos tuvimos que ganar a pulso el derecho a participar en nuestro lugar en la lucha de SPICER.”

“La verdad es que jugaron un papel decisivo. Se convirtieron en la columna fundamental de apoyo y

aliento para todos nosotros.”

Muchos grupos políticos de izquierda se acercaron a nuestra lucha. Lamentamos decir que de la mayoría no guardamos buenos recuerdos. Llegaron a ver qué sacaban, a criticar desde las sombras, a dividir. O llegaron a ver los toros desde la barrera. Pocos llegaron a servir y a sumarse. Muchas veces les dijimos que si querían criticar lo hicieran en la asamblea. En la mayoría de los casos no se aparecieron. Otras veces, las menos, lo hicieron, pero sólo para insultar. Para explicarnos que nuestros dirigentes eran “reformistas”, “oportunistas”, “economicistas” y quién sabe cuántas chingaderas más. Siempre les respondimos lo mismo: “Si no les gusta la lucha de la clase obrera y no están dispuestos a compartirla, a la chingada”. Las sectas se negaban a reconocer que la lucha obrera, así como suena, éramos nosotros, y ellos los espectadores, los mirones.

La lucha no siempre iba para arriba. Muchas veces prendió el cansancio entre nosotros. Y no era el cansancio de uno o dos, era el cansancio de todos. De repente una puerta entera estaba “agüitada”, nadie quería hacer nada, no había los voluntarios que siempre se presentaron para las comisiones. Hasta para traer los frijoles o cortar leña nos hacíamos de rogar. Coincidió con que dos o tres de nosotros fallábamos a las guardias y nos íbamos de “pedos.” Esto se dio muchas veces, durante la huelga. Siempre coincidía con los momentos en los que después de haber dado un gran empujón (una manifestación,

Con el puño en alto

un mitin, un gran apoyo solidario), no teníamos clara idea de cómo seguir la lucha.

Contra el desgaste usamos dos recursos: sentarnos a discutir qué seguía, echamos imaginación, planeamos nuevas acciones, o nos lanzábamos en campañas de autoagitación. Una noche los de la puerta tres, discutimos qué era eso del desgaste, del cansancio, y decidimos hacer una manifestación hasta la puerta uno para decirle a los compañeros que estábamos firmes.

La manifestación, de unos cincuenta compañeros, se fue gritando todo el camino, en descampados, en una vía del tren solitaria, en una carretera vacía. Ahí tronamos la garganta para oírnos solos. Pero qué sabroso, carajo. Nuestro nuevo grito fue: “Ante el desgaste. ¡Poder Obrero!”

Los de la puerta dos contestaron con otra manifestación. Nos pasamos la noche de manifestación en manifestación. Pueden decir que estamos locos, pero nos sentíamos mucho mejor; y de pasada espantamos a los del Minero al pasar frente a su local y agitamos un poco a los terceros turnos de las fábricas de al lado y a los trasnochadores de la colonia La Presa.

El desgaste puede ser derrotado, si es analizado. El cansancio está en las cabezas y en la baja conciencia. Los espías de la empresa estaban desconcertados. Por eso no nos podían vencer, porque no nos podían entender.

El desgaste es en parte falta de lucha clara: los enemigos se vuelven oscuros, no se les encuentra por

ningún lado, se pierden de vista. Empezábamos a recortarnos unos a otros. Nos escogíamos como enemigos a nosotros mismos, imaginándonos fantasmas y exagerando las sombras. Los problemas personales se hacían frecuentes, hasta que reaccionábamos y nos lanzábamos otra vez contra enemigos reales en una lucha clara.

Lo único que logró la empresa con todas sus marrullerías fue darnos más coraje para la lucha y traernos más apoyo. Cada día ponía más al descubierto su porquería. Además todo el tiempo que dedicó a tratar de bajarnos los ánimos y comprarnos, como si fuéramos igual que ellos, nos sirvió para unirnos más y organizarnos mejor para cuando entráramos a trabajar.

Sí, ya para cuando llevábamos casi un mes de huelga todos sabíamos perfectamente cómo responder a las agresiones y provocaciones de la empresa a la hora de estar trabajando, y estábamos seguros que iban a ser respuestas parejas de todos los compañeros. Ya nadie iba a estar solo allá dentro.

Por esas fechas la empresa quiso dar el golpe decisivo a nuestro movimiento. Los charros de la FAO ya estaban derrotados desde antes de la huelga. Para inclinar la balanza a su favor a la empresa sólo le quedaba atraerse a unos charros más pesados. Entonces hizo que la FAO le pasara el Contrato Colectivo a los del Sindicato Minero. Hasta sacaron grandes desplegados en los periódicos anunciando el “traspaso”.

Con el puño en alto

Pero ni así pudieron. El 5 de agosto les contamos con una marcha (la cuarta) a la que asistieron 7000 compañeros, pero 7000 compañeros que asistieron por sus propias pistolas, sabiendo lo que querían y apoyándonos auténticamente. Dos días después, a la empresa no le quedó otra que sentarse a firmar el convenio y concedernos lo principal.

SE LEVANTA LA HUELGA

Así, la presión a las autoridades le fue llegando a la empresa, que además estaba agarrada económicamente. Por eso le impusimos que se sentara a dialogar. Y se logró el esquema de un convenio. ¿Nos equivocamos al levantar la huelga? ¿Quién sabe? En aquel momento, la posibilidad de la represión se veía cerca. Con la huelga declarada inexistente las autoridades se lavaban las manos del conflicto y la empresa podía presionar a las autoridades del Estado de México para que nos echaran a la policía. Por otro lado, el entrar a trabajar ponía la lucha en otros términos que a nosotros nos convenían. Permitía que recibiéramos algún dinero, y nos lanzáramos a probar, ante las agresiones que sabríamos vendrían de la empresa, el Poder Obrero que habíamos estado ensayando en las reuniones departamentales. Por eso se aceptó el convenio. Porque nos parecía que era un buen punto de partida para seguir en la lucha por el Sindicato Independiente.

“El convenio no era tan bueno como quisiéramos, pero detenía una represión que cada día veíamos más cerca y garantizaba algunos de los puntos de lucha que más nos habían preocupado: que la inspección se hiciera de inmediato, que no entraran nuevos trabajadores a laborar, la reinstalación de los despedidos, el 25% de salarios caídos, el reconocimiento en las negociaciones de nuestro comité, así como un compromiso de no represalias y prolongación de contratos individuales por 4 y 6 meses más. Si cumplen el convenio, con lo que hemos ganado en la lucha, con todo lo que hemos aprendido y con lo organizados que nos encontramos, podremos derrotar a la empresa en el interior de la fábrica.”

Pero no nos hacemos ilusiones. “Estamos conscientes que los papeles firmados sólo se respetan si son hechos valer por medio de la fuerza organizada de los trabajadores.”

A las 8 de la mañana del viernes, cuando íbamos a levantar la huelga, llegaron las autoridades, pero también los mineros: cientos de esquirols que se pusieron a cien metros de la puerta principal. Cuando los vimos, y nos dimos cuenta que éramos muy pocos, ya que confiados con el convenio muchos se habían ido a dormir o a cambiar, nos negamos a entregar la fábrica. La discusión empezó a subir de tono... todos andábamos inquietos... llegó la policía, pero también fueron llegando los nuestros. Parecía película de vaqueros: rodeados por los ladrones, sin municiones, con el agua al cuello. Pero de pronto, de

Con el puño en alto

300 que éramos, en dos horas nos juntamos como 2,000. Llegaron marchando, coreando consignas, con sus mantas al frente: Martín Carrera, estudiantes de Ciencias, Economía y Ciencias Políticas, sindicato de Trailmobile, Vidrio Plano, trabajadores de Xalostoc, San Pedro de los Pinos, Mexicana de Envases, colonos de San Agustín, nuestras esposas e hijos, los vecinos de Ticomán y de La Presa, todos viejos aliados que con sus puros gritos hicieron retroceder a los perros y esquiroles. Un triunfo más. Los charros se fueron y entonces sí entregamos la fábrica.

Fue la fiesta. Tiraron cuetes al aire, se corearon las consignas de la lucha: ¡Ante las tranzas de los charros, Poder Obrero! ¡Ante las autoridades corruptas, Poder Obrero! ¡Ante la explotación patronal, Poder Obrero!

A mí me agarraron por un lado y por otro para tomarnos fotos. Cada departamento se fotografiaba, todos con el puño en alto.

LA SEMANA DEL PODER OBRERO

Se entró a trabajar con la clara conciencia que íbamos a la guerra. A los pocos de nosotros que no lo entendían así, y que guardaban esperanzas en el convenio, pronto la realidad les dio de cachetadas.

Dos ejércitos entraban a la fábrica el viernes. Uno, el patronal, entraba dispuesto a pasarse por debajo de los huevos el convenio. Sus fuerzas: capataces, supervisores (salvo honrosas excepciones),

ingenieros, y perros (FAO) y charros (mineros); con la ayuda más o menos disimulada de las autoridades, que se supone deberían hacer la inspección en un día o dos y fijar fecha de recuento.

Nosotros éramos 750, fogueados por la huelga; con ideas claras de lo que teníamos enfrente y una buena conciencia, táctica y organización.

El plan de la empresa consistía en meter esquirols poco a poco para que los fuéramos entrenando, posponer la inspección al infinito e imponer su poder sobre nosotros a través de la presión, las amenazas, los gritos, las órdenes, el terror.

El viernes trataron de meter esquirols y los sacamos donde los descubríamos. Metieron 5 en un carro y hubo un paro general hasta que salieron corriendo de la planta. La producción no se normalizaba ni se normalizaría mientras siguieran agrediendo.

Tuvimos que organizar la resistencia con una velocidad enorme. Los primeros choques fueron en el segundo turno. En el departamento de calabazos se trató de imponer a Rangel que entrenara a un esquirol. Éste se negó. El supervisor que no reconocía a nuestros delegados no quiso hablar con ellos y entonces el departamento detuvo la producción. Corrió la voz por la planta. Llegó un ingeniero, la raza se le hizo bola y el ingeniero retrocedió. Tuvieron que llevarse al esquirol.

Las autoridades inspeccionaban 6 ó 7 por día y los capataces y supervisores recorrían la línea amenazando. Entonces chocaron dentro de nosotros dos

posiciones que se hicieron muy claras en las asambleas de turno del martes: la mayoría sostenía que además de los paros generales de turno, dirigidos por el Comité de Lucha, cada departamento tenía autonomía para dirigir sus propias acciones contra las agresiones de la empresa. Así se decidió, y por eso la guerra que se desató en la planta era una guerra constante, sin frentes de batalla, que estallaba y se detenía inesperadamente, volviendo loca a la empresa, que sentía cómo su poder se caía en pedazos y cada vez era menos dueña de la planta.

Los charros del minero se presentaban todos los días a las entradas y las salidas de los turnos y presionaban con su actitud. La policía hacía también acto de presencia.

La primera provocación se armó en la mañana en el departamento de ensamble; un esquirolo le rompió un pómulo a Lucas con un fierro. Todo ensamble paró y se lanzó sobre el agresor que huyó corriendo, fue perseguido por toda la planta hasta que se escapó. El paro de ensamble se prolongó hasta garantizar que la empresa despedía al minero.

En el segundo turno continuaron las agresiones y las respuestas. Un compañero acusado de tortuguismo en flechas fue reportado y se respondió con el paro. Además se impuso que la negociación fuera a través de nuestros delegados. En otros departamentos nos negamos a recibir los reportes. Los ritmos de producción y la forma de realizar las operaciones las

decidíamos nosotros. De turno a turno se corría la voz para igualar la producción.

Mantuvimos sobre los esquiroles y los capataces una guerra ideológica permanente. Ley del hielo, desobediencia, respuesta firme. A veces todos nos quedábamos mirando a uno hasta que no sabía donde meterse, quería que se lo tragara el suelo.

Los grandes cacas de la fábrica adoptaron dos posiciones: o sonrientes y zalameros o déspotas y agresivos, pero las dos actitudes nos resbalaban. Sabíamos quiénes eran, y sus pinches gestos sólo nos servían para ver el calibre moral de estos perros de presa del capitalismo. Sosa era de los segundos y así le fue. El departamento de relaciones industriales había sido centro permanente de represión y venganza antiobrera. Así le fue a Sosa.

Uno de aquellos días estaba gritándole a la raza y volteó para ver en el buzón de “sugerencias” una pinta: “Sosa, chinga tu madre”.

Los baños estaban llenos de pintas y poco a poco éstas se fueron extendiendo a los talleres. La empresa nunca pudo, durante aquellos 10 días, controlar las paredes y cada vez que pegaba un comunicado éste era despegado o manchado con aceite.

La empresa despidió a Lucas con el pretexto de que había provocado la pelea y el martes adoptamos el método de meterlo a fuerzas. “Reinstalación a huevo” se llamó la operación. En la mañana lo metimos dentro de la bola y los vigilantes que intentaron despedirlo fueron barridos por la ola. Lo pusimos en su

Con el puño en alto

máquina y durante tres días lo hicimos. Como no lo quisieron reinstalar, cambiamos de táctica.

En otros departamentos comenzó la guerra psicológica. A los perros se les ladraba todo el día: “gua, gua” y cantábamos una de las canciones del movimiento: “No nos moverán”.

El martes, a la salida del primer turno y entrada del segundo, los mineros, cerca de 150, se acercaron a provocar y tratar de entrar a trabajar. Los del segundo turno se colocaron tras las rejas y comenzó un mitin: “No pasan, no pasan”, “Fuera charros del Minero”, “Obreros sí, charros no”. Nos negamos a entrar a trabajar hasta que se retiraron los charros. Entre nosotros y los mineros quedaron 6 compañeros de los asesores del Sindicato Nacional del Hierro. Bien pegados a la reja porque si los trataban de agredir los charros, los metíamos a la fábrica.

Llegó la policía y se desplegó. Patrullas y montados, policías con escopetas. Uno de los asesores se acercó a un policía y le preguntó: “¿Quién dirige la operación?” —Aquí, todos— contestó el policía. Ah carajo, que policía tan democrático. Aquello olía muy feo. Menos mal que los del primer turno se dieron cuenta y empezaron a salir en bola. Al ver que éramos muchos, los mineros se retiraron y el primer turno salió a su asamblea en marcha.

El miércoles, el departamento de ensamble comenzó a realizar paros exigiendo la reinstalación de Lucas. Media hora trabajaban y luego paro. Todo el

primer turno se sumó a los paros. Se hicieron tres paros generales de 15 minutos.

En los primeros paros de ensamble se gritaba: “Lucas. escucha, tus cuates en la lucha” y se oía el grito por toda la planta. La primera vez que Lucas lo oyó, lloró de emoción.

Cruces iba caminando por el patio cuando tocó la hora de paro. Miró su reloj y ahí se detuvo. A su lado se detuvo un montacargas con otro compañero, y ahí se quedaron platicando mientras duraban los quince minutos. Ahí llegó el supervisor a echarles la bronca, pero lo tiraron de a loco hasta que el paro acabó. Luego le dijeron: “Ahora sí, ¿dígame?” “¿Van a seguir haciendo paros?”, gritó el supervisor. “Algunos”, contestó el compañero.

En el departamento de Salustiano el supervisor invitó a los perros a tomar café, y el departamento paró la producción porque estaba prohibido tomar café según el reglamento interno. “O todos o ninguno” dijeron a coro, y le quitaron la cafetera al supervisor... Y se lo bebieron.

Después de los primeros días, empezamos a romper los reportes que nos entregaban los supervisores. Otra medida que se tomó en algunos departamentos fue pedir que cuando reportaban a uno, reportaran a todos. Esto unido a que se acosaba a las autoridades laborales para que desarrollaran rápidamente la inspección. Al principio tener ahí a los inspectores de la Secretaría del Trabajo nos frenaba, luego, cuando vimos la calaña de esos cabrones, ya

no nos frenaba nada. Cada vez que se paraba se asomaban desde los ventanales de las oficinas a ver qué estábamos haciendo.

Lo primero que se quebró fue el miedo. Actuábamos como un solo hombre, coordinados, sentíamos detrás de nosotros todo el peso de la fábrica y todo el poder. Luego perdimos el respeto a las estructuras de poder patronal. Una vez un gerente de producción se metió en medio de un paro a tratar de romperlo y hasta patadas le dimos, tuvo que volver a subir las escaleras guardando la figura.

Nos burlamos de ellos como nunca: “Están haciendo un paro, eso es ilegal”. ¿Cuál paro? respondíamos. Simplemente ustedes no están cumpliendo el convenio y nosotros no estamos a gusto.

El miércoles, la asamblea del segundo turno salió en marcha desde el local del cine Guevara en La Presa y llegó cantando hasta las puertas de la fábrica. Cuando los vigilantes esperaban que nos paráramos para checar tarjetas y entrar, seguimos en marcha hasta el interior de la empresa. Llegamos hasta donde estaban los inspectores que habían trabajado un chingo ese día (habían inspeccionado a ocho compañeros en 8 horas) y los presionamos con un mitin.

A partir de ese momento, las marchas se sucedieron en el interior de la fábrica, manifestaciones de 10 a 100 compañeros a cada rato. Cada grupo que terminaba su trabajo salía hacia el comedor en manifestación. Y todas ellas coreando consignas.

El segundo turno hizo tres paros el miércoles para imponer que se hiciera más rápido la inspección. Cada uno de esos paros de quince minutos fue acompañado de gritos y cantos. Era tan contagioso, que la mayoría de los esquiroles comenzaban a “jalar” con nosotros en los paros. La estructura patronal estaba destruida. Muchos supervisores querían renunciar (presentaron sus renunciaciones como 15), los gerentes de producción ya no bajaban a las líneas. Mestre, el gerente general, una vez que se asomó y le chiflaron, ya nunca volvió a aparecer. Éramos los verdaderos dueños de la empresa.

La presión los obligó a que aceleraran la inspección y el jueves inspeccionaron a 80. Ese día suspendimos los paros generales y sólo sostuvimos el tortuguismo para obligar a la empresa a que no obstaculizara la inspección con artimañas como había venido haciendo. Jueves y viernes fueron días de tortuguismo solamente. La producción bajó al 10%. Éramos como un reloj que caminaba al revés, y no había capataz que pudiera enderezarlo.

El viernes rematamos la semana del poder obrero con una presión tremenda al tomar la oficina de nóminas. Lo hicimos porque en nuestros sobres de raya venía descontada la cuota sindical para ser entregada al Minero, y porque además había un descuento por una defunción fantasma como antes acostumbraban los charros. Los tres pinches pesos no nos importaban, lo que nos importaba era que si se nos descontaban se le dieran a nuestro sindicato y

no a los charros. El mitin volvió locos a los de nóminas, pero la empresa resistió. Firmamos sobres bajo protesta, muchos ni los firmamos de recibido. Quizá lo más importante es que obligamos a la empresa a que le pagara a Lucas su semana. Todos los días que lo habíamos metido a huevo se los pagaron. Ahí sí doblaron las manitas.

Durante toda esa semana mantuvimos lazos con los grupos que nos habían apoyado en nuestra lucha. Participamos en dos visitas masivas a Mexicana de Envases donde la empresa había tratado de sacar la maquinaria, un mitin frente a otra fábrica del charro Cerón, y una marcha de apoyo con los de Martín Carrera que pedían: “Abajo las rentas, que se acaben los basureros en sus colonias”.

La organización era sencilla: Un comité de lucha, delegados departamentales que se reunían por turnos, asambleas de turnos, asamblea general, asambleas departamentales. Íbamos combinando todas estas reuniones para tratar los problemas de diferente nivel que nos afectaban. Así se dirigía la lucha, o más bien que se dirigía, se marcaban los rumbos que la raza pedía, se analizaban las situaciones, se preparaban algunas acciones, pero sobre todo, se marcaban ideas que adentro se aplicaban según las necesidades.

Por ejemplo, teníamos la consigna general de asamblea de impedir la entrada de esquiroles. En las departamentales se acordó parar a los que se metie-

ran y sacarlos. En las de turno, hacer acciones conjuntas si la empresa no los sacaba.

Para el sábado, todos los restos del poder patronal habían quedado quebrados en Spicer. Seguíamos fabricando ejes porque las máquinas no servían para otra cosa, pero si nos lo hubiéramos propuesto, hubiéramos hecho triciclos para nuestros chavos o tractores para los compañeros campesinos. El poder obrero había triunfado. El poder patronal estaba trocado. Los supervisores y el gerente se fueron a llorar a sus casas.

EL TODO POR EL TODO

La empresa no pudo soportar el fracaso de su plan y quedarse sin su poder dentro de la fábrica. Violó nuevamente los acuerdos, respaldada por las autoridades. El lunes 18, al llegar a trabajar, nos estaban esperando: afuera, la policía; adentro unos gorilas dizque trabajadores de SPICER que nunca habíamos visto por ahí; y en la puerta Sosa con una lista en donde aparecían los nombres de 150 compañeros a los que se les impedía entrar.

Entonces todos nos negamos a trabajar y nos fuimos formados de 4 en 4 al cine Guevara, allá en La Presa, para discutir qué hacíamos. Decidimos irnos a la Secretaría del Trabajo, donde estuvimos todo el día.

Luego nos instalamos en el Poli, donde quedamos acampados hasta el 29 de septiembre. Teníamos

Con el puño en alto

que volver a organizar todo el apoyo popular que tuvimos durante la huelga para lanzarnos nuevamente a la ofensiva.

En Zacatenco pasamos más de 40 días. Sin embargo no pudimos conmover gran cosa a un estudiantado apático y frío. No en balde parece que ahí se están formando los nuevos capataces de muchas fábricas. Es feo decirlo, pero muchas mañanas al acabar nuestras asambleas, hicimos marchas por Zacatenco, y lo más que logramos es un poco de apoyo económico y que se sumaran un escaso centenar de estudiantes a nuestra lucha. Zacatenco fue una etapa difícil de la lucha de Spicer. Pero le echamos ganas. Nos sentíamos desnudos sin nuestra fábrica, sin nuestro poder obrero, sin la colonia La Presa al lado. Aún así cada vez que salíamos de marcha por el Poli nuestros alaridos se oían un kilómetro a la redonda.

La primera movilización que organizamos fue una marcha que salió de Zacatenco. Ahí el gobierno se volvió a descarar como aliado de los patrones. Desde la mañana la policía empezó a agarrar compañeros y no los soltó hasta que terminó la marcha.

Además, la marcha fue reprimida. Primero no nos dejaban hacerla. Por fin nos dejaron salir pero enviándonos por lugares poco poblados y por llanos. Hasta cortaron la luz, para acabarla de amolar. Y cuando íbamos llegando a la fábrica Luxus, ya de plano nos impidieron seguir.

Todos nos desmoralizamos un poco, pero la mayoría siguió al pie del cañón, tratando de encontrar

nuevas formas de continuar la lucha. Sólo 10 cuates se rindieron y regresaron a trabajar. Les faltó carácter.

Fue una gran marcha a pesar de todo, mucho mayor que la que habíamos hecho en Ticomán, en Tacuba o en Indios Verdes; mucho más combativa, y además nuevos grupos obreros y populares se sumaban al movimiento. Para nosotros era importante porque volvíamos a recuperar la solidaridad que después de la huelga se había debilitado enormemente por falta de información.

Mientras estuvimos en Zacatenco sacamos seis millones de volantes gracias a los electricistas, y a las brigadas que los distribuían en los camiones todos los días.

El 10 de septiembre citamos a una nueva manifestación que saldría de la Secretaría del Trabajo. De nuevo el gobierno la impidió, pero ahora con más fuerza y en forma bien salvaje: envió docenas de patrullas que circulaban con las sirenas prendidas, carros de bomberos, granaderos y motocicletas eran lanzadas contra nosotros muchas veces y a grandes velocidades. La última vez seguidas por un camión de esos de pasajeros. De todas formas ahí nos quedamos haciendo un mitin.

Si la represión quisiera detener dirección del conflicto de Spicer, necesitaría meter al bote a unos cien compañeros.

La dirección de la lucha de Spicer siempre fue colectiva, y nunca fue de nombre o de nombramien-

to. Los dirigentes ganaron un lugar en las diferentes etapas de la lucha.

Mientras se organizó la huelga la dirección era el Comité Seccional y los asesores (unas doce gentes), que se ampliaba con los delegados departamentales más activos.

Durante la huelga fue el Comité de Huelga (unos 20 compañeros) elegidos entre los más combativos, muchos de los que habían sido dirigentes en la primera etapa dejaron de serlo en la segunda por desgaste.

En la semana del poder obrero la dirección la constituyeron los delegados departamentales (unos 40 compañeros).

En el campamento de Zacatenco nuevos delegados departamentales probados por la lucha ocuparon lugares de dirección.

Y ahora, durante la huelga de hambre nuevos compañeros han llegado a la dirección. Siempre ha sido una dirección compuesta: de Trabajadores de Spicer (enorme mayoría), asesores jurídicos, compañeros del Comité Nacional del Sindicato del Hierro.

Pero esta dirección pudo funcionar, ser útil, porque estaba firmemente clavada en la base. Porque ejecutaba acuerdos de asamblea general, porque consultaba siempre, porque promovía discusiones de puerta o sus proposiciones fundamentales.

Si algunas veces se tomaron decisiones antidemocráticamente fueron las menos. En la mayoría de

los casos, la democracia directa funcionó. Por eso hemos podido estar más de 100 días en pie.

El lunes 29 de septiembre hicimos una asamblea en un local que nos prestaron los trabajadores de El Ánfora. Ahí decidimos cambiar nuestro campamento al 5o. piso de la Secretaría del Trabajo para hacer más presión. Y allá nos fuimos.

En la noche del día que nos instalamos allá, el Secretario nos dijo que le diéramos 48 horas de plazo para enterarse bien del problema, que porque era nuevo en el puesto.

Otra vez la misma canción: darle largas al problema para hacer que nos ablandemos. Tuvieron el descaro de decirnos que las soluciones no se logran por la fuerza y que nos fuéramos a otro lado, que porque si no otros trabajadores iban a seguir nuestro ejemplo.

El martes iniciamos otra forma de presión: La huelga de hambre. El Secretario se asustó y hasta se comprometió a resolver en 48 horas el conflicto. Como es natural, no cumplió su palabra. Cuando se cumplió el plazo tres de nuestras esposas se unieron a la huelga de hambre.

La decisión del estallido de la Huelga de hambre fue una medida casi desesperada. Se tomó después de una kermés que hicieron los de Martín Carrera para apoyarnos. No veíamos ya formas de aumentar la presión, la solidaridad estaba disminuyendo. Nuevamente entre nosotros había cansancio, agotamiento. Necesitábamos una acción que volviera a empujar

la lucha de Spicer. Nos han criticado mucho la medida. Nosotros decimos: ¿nos quedaba de otra? Nos gusta tan poco como a ustedes, pero ¿nos quedaba de otra? Sabemos que le estamos dando el placer a la empresa de ver cómo 30 de nuestros mejores compañeros y compañeras desfallecen. Le hacemos fácil a un capitalismo que ha estado matando de hambre a nuestro pueblo durante años, la muerte de un grupo de nosotros... Pero ¿nos quedaba de otra? Fue una medida desesperada y dio resultado. Nuevamente nos pusimos de pie, nuevamente comenzó a caminar la solidaridad. Nuevamente se levantó nuestra lucha... Ahora, no dejaremos morir a nuestros compañeros. Y si alguno cae, tiemblen, cabrones.

Desde que se fueron a huelga de hambre, el apoyo y la participación ha aumentado mucho de nuevo. En la universidad se han vuelto a organizar actos que además que nos ofrecen un apoyo económico fuerte, sirven mucho para presionar a las autoridades y extender nuestro movimiento para que muchos trabajadores y gentes del pueblo tengan conciencia de cómo están las cosas.

Se han hecho mítines en la empresa (¡volvimos nuevamente!) donde los charros corrieron, en las oficinas de la empresa, en el quinto piso de la Secretaría que ya parecía nuestra segunda casa (no por los dueños, que nunca nos invitaron, sino porque a cada rato llegábamos y nos acomodábamos). Y luego los mítines en El Ánfora a los que acudieron organizaciones sindicales a darnos apoyo.

La ayuda más potente dada a nuestra huelga de hambre, ha sido el paro de dos horas realizado por los sindicatos de trabajadores y maestros de la UNAM que junto con los estudiantes paralizaron la Universidad a todo lo largo de la ciudad. Un paro que fue acompañado por 142 mítines que reunieron a todos los paristas y en cada uno de los cuales hablaron nuestros compañeros.

El mismo día que se fueron a huelga de hambre las señoras, participamos en una manifestación para protestar por los crímenes en España y dar nuestro apoyo a los trabajadores españoles, que llevan una lucha igual a la nuestra.

Los que la organizaron ya se estaban echando para atrás cuando estábamos todos reunidos. Pero nosotros ya sabemos que perro que ladra no muerde, y empezamos la marcha. Entonces se nos unieron los demás.

A nosotros nos importaba mucho esa marcha para manifestar que las luchas de todos los trabajadores son una sola. Cuando empezamos nuestra huelga estábamos solos. Pero poco a poco se fue viendo claro quiénes eran amigos y quiénes enemigos, hasta que se convirtió en una lucha de todos los trabajadores contra los mismos enemigos: los patrones.

El lunes 20 de octubre, cuando se llevaban 21 días de huelga de hambre, las mujeres tomaron el 5o. piso de la Secretaría del Trabajo y se realizó un mitin en el campamento al que asistieron 3 mil compa-

ñeros. Cerca de 40 organizaciones sindicales y populares dieron su solidaridad, que terminó con una marcha hasta la Secretaría, que tomó por sorpresa a la policía y que no pudieron impedir. Ese mismo día en varios países europeos y en Canadá se realizaron actos de apoyo a nuestra lucha, y en provincia hubo varios mítines de apoyo.

El martes 21 se celebra una nueva asamblea y se han citado un nuevo paro en la Universidad para el día 22, una marcha en Azcapotzalco para el 23 y un mitin en el campamento el 24.

El fin de esta etapa de nuestra lucha se acerca. Para el mitin del viernes 24, nuestros compañeros de la huelga de hambre llevarán 25 días de huelga y la lucha de Spicer desde que se inició la huelga llevará 117 días de lucha continua. No estamos tratando de implantar ningún récord, nadie nos escogió en México para que jugáramos ese papel, no somos los mejores ni los primeros, otros han luchado más y más fuerte que nosotros, pero hemos estado a la altura del compromiso que nos echamos.

Si el pueblo es capaz de seguirnos apoyando y nosotros de resistir la presión económica y el cansancio, probablemente logremos doblar a Spicer, una compañía transnacional que se ha convertido en la más fiel y perruna defensora del capitalismo mexicano. Si no soportamos el desgaste producto de una lucha tan larga, y si la debilidad de las fuerzas independientes de nuestro pueblo no da para más, probablemente tendremos que aceptar una victoria

a medias. Quizá la salida de esta larga lucha sea la represión.

Sea lo que sea, sepan que Spicer no es el final de nada. Es el principio. Al menos para los que lo vivimos. Donde quiera que terminemos: En Spicer, con nuestro sindicato independiente, fuera de Spicer, trabajando en otras fábricas, en la cárcel o en la calle como despedidos inscritos en las listas negras de la patronal, sepan que nos hemos echado un compromiso encima: crear uno, dos, tres, cientos de Spicers, abrir el camino de la independencia y libertad de la clase trabajadora. Empezar a cavar la fosa del capitalismo mexicano. Ese es nuestro compromiso.

México D. F., a 21 de octubre de 1975.

Ante los charros, los patrones y las autoridades

¡PODER OBRERO!

Cuando este folleto que tenía por misión ser un instrumento más en la lucha de Spicer se encontraba en imprenta, las autoridades del Trabajo impusieron una “solución a nuestro conflicto”. Nos encontrábamos en el 27 día de huelga de hambre y llevaba nuestro conflicto 119 días.

Cercados por la presión económica y el agotamiento físico, nos encontramos ante la disyuntiva de la represión o la retirada.

Con el puño en alto

En la última semana, habíamos sostenido firmemente la toma de la Secretaría del Trabajo, nuestras mujeres e hijos se habían mantenido en el interior de ésta, haciendo manifestaciones los chavos, presionando incesantemente las mujeres.

Los compañeros de Mexicana habían realizado una manifestación de apoyo en Azcapotzalco, el SPAUNAM había vuelto a parar la Universidad, se habían celebrado dos mítines en el campamento, que habían culminado con marchas a la Secretaría del Trabajo. El segundo, coordinado por la tendencia democrática del SUTERM en el que habían asistido secciones de provincia.

En Chihuahua, la jornada de solidaridad con nuestra lucha, había sido un éxito: en los mítines habían participado secciones del Minero Metalúrgico que no se someten a la tutela de Napoleón.

En Europa, la televisión de algunos países había denunciado el “caso SPICER”.

Había sido una semana más de lucha continua y agotadora.

En esas condiciones, la Secretaría del Trabajo nos puso ante el ultimátum: o aceptar las condiciones, o represión (claro, no fueron estas las palabras usadas, fueron más elegantes).

¿Qué se nos ofrecía?

A cambio de la desaparición de nuestro Sindicato Independiente en SPICER, reinstalaban a 485

compañeros, se les daba aproximadamente el 45% de salarios caídos, se les otorgaban 100 plantas a los eventuales, se les reintegraba a su turno y puesto. Se liquidaban con el 100% y el 100% de salarios caídos a 127 compañeros. Las plantas que dejaban libres también pasaban a nuestros compañeros que reingresaban. Se retiraban las demandas penales que existían contra buena parte de nuestro comité y asesores.

No nos tentó el dinero. Pero cuando la asamblea general se preguntó: ¿Podemos sumar más fuerzas independientes en esta lucha, suficientes para derrotar al bloque de la patronal, al Congreso del Trabajo y al Estado? ¿Podemos seguir resistiendo la huelga de hambre? ¿Podemos seguir a pesar del desgaste de la gran mayoría de la base?

La asamblea resolvió que no.

Para ese momento habían pasado 121 días de combate, la huelga de hambre había resistido 29 días.

A pesar de que no hemos logrado el objetivo por el que se inició nuestro conflicto, no hemos sido derrotados. O más bien, dentro de la derrota hay una gran victoria.

Los compañeros que entran, regresan al combate, en otras condiciones, quizá ante una represión más fuerte, pero no son los mismos. Su conciencia, su capacidad de organización y lucha ha aumentado. Saben a lo que van, saben que será una lucha larga y difícil. Saben que la clase obrera no puede ser vencida.

Con el puño en alto

Los despedidos, saben que el camino de una lucha más larga se abre. Cumpliremos unos y otros con nuestros compromisos.

La última asamblea del Sindicato Nacional del Hierro, Sección SPICER no fue una asamblea de derrotados.

Fue una asamblea de luchadores que habían sido batidos en una batalla, que se preparaban para seguir la guerra.

En pie, los 612 que quedábamos, cantamos “No nos moverán” y “venceremos”. Las lágrimas corrieron por nuestros ojos. La emoción nos trabó la garganta. El último grito, casi el aullido de la última asamblea fue:

¡Viva la clase trabajadora!

Y 612 compañeros, con el puño en alto, puestos de pie, agotados, quebrados por la emoción, gritamos:

¡Viva!





Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- El Cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- Jesús María Rangel y el Magonismo Armado,** de José C. Valadés.
- Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- San Ecatepec de los Obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- El socialismo del sureste,** de Armando Bartra.
- La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- Testimonios del 68 -** Antología literaria.
- De los cuates pa' la raza -** Antología literaria.
- Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

- **La oveja negra**, de Armando Bartra.
- **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- **Morelos, El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.